

Elena

Dani Fernández



Elena



Capítulo 1

Estaba sentada frente a mi computador. No sabía por dónde comenzar. No sabía si irme por la fantasía, por el romance, por la ficción.... Mis manos querían escribir, pero en mi mente había tantas ideas, que no podía organizarlas. Intenté relajarme, respiré hondo, y me dejé llevar...

La autora.

I

Entidades

Alex

Faltan dos meses para la boda de mi amigo, mi hermano.

Hemos sido compañeros desde que estábamos en la escuela. Él, siempre tan correcto y yo incorregible, como el agua y el aceite. Pero compañeros en las buenas y en las malas y en las muy malas, también.

Juntos, nos convertimos en detectives de la brigada de homicidios, colegas y siempre los mejores amigos, inseparables.

Recordar aquellos momentos de mi vida me genera cierta nostalgia, como esa sensación de felicidad amarga al recordar buenos tiempos que no volverán.

Hoy, me provoca cierta envidia y una extraña sensación de abandono, ¿Qué tonto no? Abandono... ¿Por qué esta sensación? Solo se va a casar, no es que nuestra relación cambie ¿O sí? No, es imposible.

Conoció a Anya por casualidad en una cafetería, ¡una cafetería! ¿Hay algo más cliché que eso?, y es como una muñeca perfecta... Cabello perfecto, uñas perfectas, bien vestida y maquillada. Y su actitud es como si hubiera salido de una tarjeta de buenos deseos.

Pero en serio que es una gran mujer, lo acompaña en todo. Es como si fuera su otra mitad, si es que eso realmente existe. Sí, a veces su felicidad me da náuseas.

Y yo... sigo solo. En el fondo me gustaría encontrar una mujer así... aunque me comporte como un casanova, aunque sea un idiota muchas veces, quiero una mujer que me ame... sé que él se merece ser feliz, pero quisiera ser yo quien estuviese en su lugar.

- ¿Qué pasa Alex? Te veo pensativo... - su pregunta me toma de sorpresa.

- Nada... estaba pensando con quien iré a tu boda, maldito cabrón mamón... ¿Por qué te casas? Cometes matricidio, te vas a arrepentir... - le lanzo una sonrisa, él pone los ojos en blanco, sabe que estoy jugando.

- Ah – suspiro en resignación - igual eres un cabrón mamón.

- ¿y tu molestia por mi boda es... porque no tienes acompañante? – se defiende - ... Puedes ir con la chica de turno, no te juzgaré... pero tienes que estar ahí.

- El problema es que en este momento no hay chica de turno – le dije tonteando - y no quiero llamar a alguna ex para que me acompañe... reciclar sería deprimente... creo que iré solo – dije en fingida derrota.

- Aún faltan dos meses, confío en que tus dotes de casanova no te abandonarán, ya conseguirás a una rubia "inteligente" que te acompañe – hizo énfasis en la palabra inteligente – no hay quien se resista al Detective Martínez... - dijo en tono de burla.

- Maldito imbécil... ven, vamos a dar una vuelta - dije lanzándole su chaqueta - ... Quizás encontremos algo de acción. ¡Vásquez muévete! Saca la patrulla, ¿qué diablos esperas?, ¡una invitación!!! – grité.

No había cosa por estos días que me llenara más de satisfacción que gritar a los nuevos.

- ¡Sí, Señor! – Vásquez sale corriendo y en su carrera choca con otro oficial...

- ¿Por qué es tan idiota? No sé cómo los están formando en la escuela,

son una vergüenza, parecen unos pollos... - dije divertido.

- ¿Es que no recuerdas como eras tú cuando saliste de la escuela? Debo tener alguna fotografía de ese tiempo memorable – Touche, se burló de mí.

En mi primer día volqué el café en mi computadora cuando un detective me gritó, rayé una patrulla estacionándola de reversa y perdí unos archivos que luego encontré junto a la fotocopidora. Sí, era un pollo. Sin olvidar la vez que en una práctica de tiro intente disparar sin quitar el seguro del arma. Y él lo sabe, pero jamás me ha avergonzado delante de los nuevos.

- Está bien, señor perfección, mueve tu lindo trasero, tenemos que hacer algo por la vida... - Roberto toma su arma de servicio del escritorio y sale de la oficina.

Vamos a dar una vuelta por las cuadras cercanas a la estación... han golpeado a varias mujeres en las últimas semanas. En su mayoría es por robos con fuerza. Pero no todos eran el caso, y en el aire se podía palpar la tensión que comenzaba a provocar esta situación.

Estamos dando la vuelta a la esquina de una calle llena de pubs cuando un guardia nos hace un gesto con la mano.

Detrás de él, hay un grupo de personas... es otra riña de borrachos... estamos obligados a intervenir... por mí que se fueran al carajo.

- Creo que después de todo tendremos algo de acción - Roberto sonrío... todas las chicas adoran su sonrisa de dientes perfectos... maldito cabrón.

- Son solo borrachos, ven, vamos a separarlos... - no puedo evitar esa sensación de náuseas... detesto a los borrachos. Mi padre lo era. Nos golpeó a mi madre y a mí durante años hasta que fui mayor para defendernos.

- Tranquilo – dice Roberto, quien intuye mis pensamientos.

Él conoce la historia mejor que nadie, estaba conmigo esa noche en que mi padre llegó a casa gritando y maldiciendo.

Tenía dieciséis años en ese momento y por mucho tiempo le tuve miedo, terror. La última vez que golpeó a mi madre, le quebró la nariz y una costilla, ya no podía permitir que le pusiera otra mano encima.

Estábamos con Roberto terminando de estudiar mientras mi mamá nos preparaba algo para comer. Cuando lo sentí dando tumbos en el pasillo de la entrada, obviamente ebrio. Me puse de pie de un salto conteniendo la

respiración.

- No se preocupen, esta vez yo también estoy aquí – dijo mi amigo poniéndose de pie, mirando a mi afligida madre y luego a mí.

Cuando mi padre logró entrar a la casa perdió el equilibrio y chocó con una mesita rompiendo la lámpara que había sobre ella. Estaba tan ebrio que apenas se mantenía en pie. Se encaminó a la cocina buscando a mi madre.

Me puse delante de ella para protegerla, pero me dio un empujón para sacarme del medio. Choqué con una silla y me golpeé la frente en el borde de la mesa.

- ¡Alex! – Gritó mi madre asustada y se arrodilló a mi lado para ver cómo estaba.

El hombre se dirigió a mi madre, la agarró con fuerza del brazo, y de un solo tirón la puso de pie.

- ¡¡Dame algo de comer maldita perra infeliz, buena para nada!! – le gritó zarandeándola.

Su aliento alcohólico era asqueroso.

- ¡Hey!, suéltela le hace daño. – Roberto intervino tratando de separarlos, pero él la afirmaba como si su brazo fuese una tenaza de hierro. Mi madre comenzó a llorar por el dolor y los nervios.

- Suéltame pendejo de mierda, entrometido. – y le soltó un manotazo en la cara a mi amigo que lo hizo tambalear. Yo estaba medio mareado del golpe en la cabeza y pude notar algo tibio correr por mi cara.

- ¡Deja de llorar, mierda! – le gritó a mi madre y le dio senda bofetada que nos quitó el aliento a los tres.

Roberto no toleró la situación. Yo le había contado como eran las cosas, pero él nunca lo había visto. Se lanzó encima de mi padre. Le dio un golpe en el estómago con lo que consiguió que soltara a mi madre.

- ¡Jamás le volverás a pegar, maricón!!

Mi padre explotó en ira, y lanzando mil palabrotas, se volvió en contra de mi amigo para golpearlo, mientras yo seguía en el suelo aterrado como un niño pequeño sin poder moverme, como hice mil veces antes. Me sentía atrapado en mi propio cuerpo, observando aquella escena como si de una película se tratara, tan lejana y a la vez tan cerca, como si no pasara en la vida real. Pero ver a Roberto enfrentando a mi padre con esa valentía, me

dio coraje. Esta no era su batalla, pero, aun así, ahí estaba... luchando.

Me puse de pie y me paré entre ellos. Por un segundo el tiempo se detuvo y pude ver a aquel hombre que tanto daño nos había hecho. Sentí repulsión y una rabia enorme que llevaba escondida en el fondo de mis entrañas. A así flacucho, débil y medio mareado, le di un golpe en la mejilla con lo que liberé toda la mierda que se acumulaba dentro de mí por tanto tiempo. Cuando él se recobró algo del golpe, me miró con ojos sorprendidos.

- Vete de aquí, maldito infeliz, esta, ya no es tu casa, ella, ya no es tu esposa y yo, ya no soy tu hijo. Más te vale que no vuelvas jamás, porque ya no te tengo miedo. ¡¡VETE!! ¡¡LÁRGATE AHORA!!! – grité, liberándome de un peso que aplastaba mis cuerdas vocales.

Tambaleándose, salió de la cocina, miró atrás, aún sorprendido como si intentara evaluar lo que acababa de perder, pero endureció el gesto y dando tumbos, se alejó y salió de la casa.

Se había ido. Al fin. Se había acabado. Y cierta paz inundó mi interior, sentí que un peso desaparecía de mis hombros. Creo que jamás me había sentido así.

Me volví para ver a mi mamá y me encontré con Roberto con el labio partido sangrando y su pelo más alborotado de lo normal, tenía el hombro de su suéter desgarrado y un moretón se estaba formando en su mejilla. Pero estaba sonriendo.

- Gracias – fue lo que pude decir antes de abrazarlo y ponerme a llorar como un niño pequeño.

- ¡Oh Alex!! ¡Roberto!! Gracias a los dos.

Y los tres nos abrazamos por un largo rato.

Desde ese día nos volvimos más inseparables que nunca, y mi madre prácticamente lo adopto como parte de la familia.

Martín

Aquella noche fue la más extraña que he vivido y también la más desoladora. Una sensación extraña recorrió mi cuerpo al llegar a casa, eran pasadas las una treinta de la madrugada. Algo estaba mal.

Esa puta sensación de que algo estaba fuera de lugar me invadió desde el

momento que vi la casa asomarse en los suburbios.

Una casa pequeña, o por lo menos lo era comparada con la mansión que teníamos al otro lado de la ciudad. Mi madre insistió tanto en comprarla y todo por estar cerca de mí.

La adoro, de verdad que sí, pero también me ahoga un poco a veces, no la culpo, solo cumple su labor de madre, su asfixiante y dependiente labor de madre. Pero la amo, ha sido mi cuota de amor desde que tengo memoria.

Yo vivía solo en un departamento, pero desde que compró esta casa, vengo a menudo a dormir para acompañarla. Sobre todo, porque mi padre nunca está en casa, a excepción de hoy, que, con certeza, estaría en casa.

Es grato convivir con ella cuando no le dan sus ataques de madre controladora, lo que rara vez ocurre. Al que no tolero es a papá, con su cara de perro bulldog y su bigote de morsa. Es un viejo de mierda arrogante y despectivo. Siempre me ha mirado como si fuese una basura.

No quiero ocuparme de sus negocios, no son lo mío. Sé que lo decepcioné profundamente cuando se lo dije, incluso amenazó con desheredarme! Pero eso jamás pasará, no lo permitiré nunca.

A mi madre también la ha amenazado con botarla, como si fuera una cosa sin valor. Ella fue criada para ser dueña de casa, atender a su hombre, criar hijos y conocer todas las normas de la alta sociedad.

Él nos ha dado más de lo que podríamos desear económicamente, pero ha llenado nuestras vidas de vacío, soledad, abandono, desprecio y traición. Un alto precio por la posición social, pero mi madre lo sigue pagando porque no conoce nada más. Es triste, pero no puedo dejar sola.

Esa noche mi madre no estaría en casa, pasaría la noche con unas viejas amigas, bebiendo y haciendo quien sabe que hacen las mujeres a esa edad, celebrando las primeras horas de su cumpleaños. Es por eso que nuestra feliz familia se reuniría. Volvería al día siguiente temprano para el desayuno continental que tanto amaba en su cumpleaños.

El plan era entrar despacio e irme a mi habitación. Quizás dibujar algo, sé que es tarde, pero los procesos creativos siempre vienen en la noche, y la velada con Elena me había dejado gratamente estimulado. Su creatividad para inventar historias es tan magnífica, que suele ser contagiosa.

Entré por la puerta de la cocina, es una costumbre adolescente de entrar y salir por la puerta de servicio. Me da acceso a una entrada y salida limpia, incluso más de una vez he despachado a alguna aventura sin que

nadie lo notara. Y, claro, de paso podía robar algo para comer.

Siento el peso en el estómago nuevamente. Entré al vestíbulo. Un destello capta mi atención, es el llavero con cristales Swarovski que le regalé a mi madre el año pasado para su cumpleaños, ella está en la casa. Comencé a subir por las escaleras al segundo piso... ¡Mierda! El peso en mi estómago se acrecienta. Un olor extraño capta mi atención. ¡Oh Por Dios...! ¡Gas! Con mucho cuidado corrí hasta la habitación de mis padres y el olor se intensifica.

Mierda, no, no, ¡ino!! Con más cuidado que antes abro la puerta para no causar ninguna chispa que pueda provocar una explosión y al hacerlo el gas me golpea como una mano de plomo, sentí desvanécese por un instante. ¡La maldita chimenea! Le dije a mi madre que había que sacarla, repararla, pero a ella le gustaba tanto.

Me senté en el piso unos instantes para retomar el aliento. Me arden los ojos. Tomé mi teléfono y marqué el número de emergencias.

- Emergencias, mi nombre es Sebastián, ¿en qué puedo ayudarte? – el operador tiene voz de sueño, creo que lo he despertado.

- Hola soy Martín. Sebastián, hay una fuga de gas en mi casa, en la habitación de mis padres. Creo que es la chimenea.

- Está bien Martín, no enciendas ninguna luz y muévete con cuidado. ¿Tus padres está en la habitación? – el operador se puso en alerta de inmediato, como si le hubiesen volcado encima un balde de agua fría.

- Mi padre sí, él no iba a ir a ningún lado esta noche.

- Está bien, tranquilo, enviaré una unidad de rescate de inmediato. ¿Hay alguien más?

- No lo creo, mi madre debería estar fuera con unas amigas, pero no estoy seguro.

- ¿Crees que sea posible que cortes el paso del gas?

- No lo sé, intente entrar, pero el olor es imposible.

- ¿Sabes si hay otro lugar donde exista otra llave de paso?

- Creo que hay una por fuera, en la parte trasera de la casa – comencé a sentirme mareado y con dificultad para respirar. – me siento extraño. Siento que me voy a desmayar.

- Muy bien, necesito que salgas de ahí ahora, la unidad de rescate está llegando. ¿Martín me escuchas? ¿Martín, estás ahí?

No puedo contestar, siento que no puedo respirar. Intento arrastrarme por el piso para alejarme del lugar.

- ¡Martín! ¿Me escuchas? (silencio) atención unidad de rescate, tenemos otra posible víctima de intoxicación por inhalación de gas...

A lo lejos escucho una sirena, pero en algún momento dejé de escuchar y todo se volvió oscuro.

Roberto

Debía ser el día más importante de mi vida. El más glorioso. El día en que el centro de mi universo fuese ella. Parado frente al altar, sentí la presión de decenas de ojos mirándome. Me volteé para eludir el acoso.

Me encontré con los ojos misericordiosos de una imagen de Cristo. Aquella sensación era peor. Si los ojos de los invitados me hacían sentir presionado, los ojos del Cristo me atravesaban, me hacían sentir completamente expuesto... ¿Estoy haciendo lo correcto?

- Tranquilo hijo - me dijo el sacerdote, posando su mano en mi hombro.

Sí, estoy expuesto, ¿acaso este hombre de Dios es capaz de leer mi mente?

La marcha nupcial hizo callar a la gente que llenaba la pequeña iglesia. Sentí ese vuelco en el estómago. Todos y cada uno de los invitados se giró y alzó la vista hacia la puerta.

Ahí estaba ella, despampanante, vestida de blanco, con un ramo de flores en las manos. Calas, sus favoritas. Caminó hacia mí, elegante, como si flotara hacia mi encuentro.

Ya más cerca, pude ver la emoción en sus ojos.

No. No seas estúpido. Esto no puede ser un error. Sentí aquellas mariposas revoloteando en mi interior.

Llegó a mi lado sonriendo. Me besó en la mejilla. El sacerdote comenzó a hablar. Todo el mundo guardó silencio.

Llevábamos un año planeando la boda. Nos conocimos por casualidad, me

cautivo su mirada, y su sonrisa.

Mis padres la amaron desde el primer momento, Anya es como un sueño hecho realidad, la bondad hecha persona.

Jamás hemos peleado, todo es tan fácil con ella, incluso resolver los conflictos, es que, con ella, todo es tan mágico.

Recuerdo aquel atardecer en la playa, era las vacaciones de nuestro segundo año de noviazgo. Llevaba meses dándole vueltas a la famosa propuesta, me sentía listo, pero quería que fuese un momento inolvidable, extraordinario como ella, pero no encontraba una escena que cumpliera mis expectativas. Un atardecer en la playa... demasiado trillado para una propuesta, una cena romántica... definitivamente no...

- Roberto, vamos al agua... - me dijo de repente, sacándome de la búsqueda mental.

- Anya - hice un puchero, ahora que lo pienso, bastante patético. - ¿Sabes lo que me costó hoy sacar la arena de... mis partes? Y no tengo traje de baño. - protesté.

- jajaja - Se rio de mí y mi tragedia. - Estás demente, pero necesito mar ahora - dijo mirando el horizonte de color naranja y violeta mientras el viento soplaba en su cara y alborotaba su cabello oscuro como la noche. Me miró con sus grandes ojos azules y sonrió pícara.

Sin decir más, dejó caer su vestido y solo con su ropa interior corrió al encuentro con las olas.

- Wow - dije más para mis adentros, contemplando su figura haciéndome señas desde el agua.

Atraído como por una sirena, me di cuenta en el agua que me había despojado de la ropa. Solo quería abrazarla y besarla. Cuando la alcancé se enredó en mí, con sus brazos en mi cuello y sus piernas alrededor de mi cintura para darme un beso que me hizo sentir feliz.

- ¡Estás loca, loca de remate! - dije entre carcajadas.

- Gracias por venir a rescatarme. - dijo mirándome a los ojos.

- No te estabas ahogando, ¿o sí? - dije sonriendo, obviamente no entendí a lo que se refería.

- No bobo. Sabes que mi vida no ha sido sencilla, que después de muchos dolores en el alma ya no quería a nadie en mi vida más que a los niños con los que trabajo en la escuela. Perdí las ganas de tener a un

compañero, perdí las ganas de compartir mi vida con alguien más. Una sonrisa en esa cafetería fue suficiente. Doy gracias por haberte conocido, doy gracias porque te hayas llevado mi café esa mañana. – me miraba con tal intensidad, que todo desapareció a nuestro alrededor. – Sabes que no creo en que las personas sean perfectas, pero siento que eres perfecto para mí. Te amo tanto que siento que no podría respirar si te perdiera.

Sus ojos se enrojecieron y a pesar de que estábamos empapados, supe que un par de lágrimas corrieron por sus mejillas.

- Eres perfecta – fue lo que salió desde el fondo de mí, sin siquiera haberlo pensado.

- Hace un momento me dijiste que estaba loca. – mi miro risueña y emocionada aún.

- Es que eres una loca perfecta. – dije perdiéndome en su mirada.

- Cásate conmigo. – soltó sin más.

- ¿Qué? – dije sorprendido.

- Cásate conmigo – repitió en el mismo tono, no era una pregunta, tampoco sonó como una orden, pero había una seguridad radical en su voz.

Llevaba meses buscando el lugar y la oportunidad de pedirle que se casara conmigo y aunque hubiera encontrado la mezcla justa de elementos, mi voz no hubiera sonado así de segura. Y no porque tuviera dudas de mis sentimientos, si no por miedo a que este sueño no se hiciera realidad nunca.

- Sí, claro que me casaré contigo.

Y hoy frente al altar, a punto de cumplir ese sueño, me siento un completo estúpido, un infeliz. La sombra de una mujer circula por mi cabeza. A veces me siento tan feliz, pero pasa por mi cabeza a nublarlo todo, y luego desaparece como si nunca hubiera existido.

Ni siquiera habíamos cruzado una palabra. Solamente la vi una vez y fue unos minutos. Era de una belleza sencilla, pero de carácter fuerte, de mirada intensa. Ni siquiera supe su nombre, la conocí en un altercado con unos borrachos, en un patrullaje que nada tenía que ver con eso. Pero ha perturbado tanto mis pensamientos.

En sueños la veo abrazándome, hundiendo su cabeza en mi pecho y diciendo mi nombre con voz suave. El solo hecho de pensarlo hace que mi piel se erice. Debo arrancarla de mis pensamientos para siempre. – Señor

ayúdame...

El sacerdote seguía la ceremonia mientras mi mente volaba entre mis sueños haciéndose realidad y esta nebulosa. Mi lucha interna era feroz. Quería buscarla. Podía hacerlo fácilmente. Soy detective. Pero no era correcto. – ¡¡ya basta, deja de ser tan imbécil!! Honra a la mujer que tienes al lado, la escogiste para amarla hasta la muerte, llevas tres años con ella, pasando los momentos más maravillosos, quieres que sea la madre de tus hijos...

- Roberto, ¿aceptas a Anya para amarla y respetarla en riqueza y pobreza, en salud y enfermedad hasta que la muerte los separe?

Me volví para verla a los ojos, en que estupideces estaba pensando. Verla ahí, de pie junto a mí, hermosa, feliz, emocionada. Me sentí como un crío enamorado, sentí aquella emoción atrapada en mi garganta y por fin sentí que la nebulosa en mi cabeza desaparecía.

- Sí Padre, acepto.

- Y tu Anya, ¿aceptas a Roberto para amarlo y respetarlo en riqueza y pobreza, en salud y enfermedad hasta que la muerte los separe?

- Sí, padre, acepto – dijo con lágrimas en los ojos.

Desde ahí el tiempo voló. La ceremonia transcurrió con el encanto que únicamente las bodas tienen.

-Los declaro marido y mujer. Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. Roberto puedes besar a la novia.

Con mis manos tomé sus mejillas húmedas por las lágrimas y la besé maravillado por su belleza. Lucharía por ella y la familia que formaríamos, era mi juramento ahí en el altar. Es mi amada Anya... Es mi amada Anya.

Salimos de la iglesia y nos subimos al Mercedes negro con cintas blancas que esperaba al borde de la acera – te amo – dijo en un susurro a mi oído. La miré a los ojos y murmuré – yo también te amo.

El Mercedes dio una vuelta corta, pues Anya no quería hacer esperar a los invitados.

Cuando llegamos, los invitados nos esperaban en la entrada. Todos listos para celebrar junto a nosotros. Me sentía feliz con Anya a mi lado. Cuando bajamos todos se acercaron a felicitarnos. Después de un rato logramos entrar al salón. El vals sonó antes de que lográramos llegar a la pista de baile. Tomé en brazos a mi esposa para poder avanzar más rápido, todos rieron y Anya me dedicó una de sus más hermosas sonrisas. Estaba tan

feliz.

Comenzamos a bailar, era como si flotáramos. Todo parecía mágico. Por un momento recordé a Alex, no lo había visto. ¿Dónde se habrá metido? ¿Habría podido conseguir pareja? Quizás no lo logró y estaría en la barra ahogando sus penas. No, eso no lo creo posible.

- ¿Qué ocurre cariño? Te veo distraído.

- No es nada amor. Es solo que perdí a mi padrino y quiero saber si tengo que rescatarlo de la barra o de las faldas de una mujer.

- Por supuesto que de las faldas de una mujer. Yo lo vi cuando subíamos al auto, y te diré que estaba muy bien acompañado.

- ¡Maldito cabrón! Lo logró. – no puede evitar soltar una carcajada.

Al terminar el vals, todos nos aplaudieron con entusiasmo. Alex se acercó a saludarnos, iba acompañado de una chica muy linda.

- ¡Felicidades, Anya!!! – dijo Alex con alegría y se movió hacia ella para darle un largo y fuerte abrazo, levantándola del piso.

- ¡Alex! ¡Arrugas mi vestido! ¡Ya bájame! – se reía divertida.

- Ya, está bien, devuélveme a mi esposa...

Entonces pude ver a la chica con más detenimiento, quien se acercó a saludarme.

- Hola, soy Elena. Nos vimos una vez hace un par de meses... ¡Muchas felicidades! – dijo, extendiendo su mano.

Mi alma cayó al suelo, mi corazón se aceleró y supliqué a Dios para que fuese una mentira. Mi alegría estalló como un globo punzado por un alfiler, desvaneciéndose. Quise desaparecer... era ella...

Capítulo 2

II

Elena

Estaba tan feliz, la editorial aceptó una de mis historias. No estaba segura de del resultado, pero Martín me había convencido para que las llevara.

- ¡No! – le dije ese día. — Son solo cuentos. Los escribí para pasar el rato. No vale la pena....

- Vamos. No seas modesta. Sabes que son muy buenas, a mí me encantan, son apasionantes... y terroríficas.... Tienes una mente psicópata, ¿sabías? – se burlaba de mí y de mi obsesión por incluir muertes y sangre en mis historias.

- Ja, ja, ja. Si te parezco una psicópata, ¿por qué no te alejas de mí...?

- Además... — dijo haciendo caso omiso a mi protesta. —... sería emocionante ser el protagonista de una de tus historias...

- ¡Ja! Y resulta que yo soy la psicópata, pero tú quieres encarnar el papel de un asesino...

- Puede ser... huyendo por todo el país... burlando policías - dijo pensativo como si la historia se contara sola en su cabeza – ... ¿Sabes? – añadió - Creo que no podría alejarme de ti. Estoy demasiado acostumbrado a estar contigo. Ya van... ¿Cuánto?, diez años. – agregó, cambiando totalmente de tema.

- Trece para ser exactos...

- Ves, ¿qué harías tú sin mí?

- Vivir tranquila, ¿te parece poco? – suspiré.

- Está bien, está bien. Te propongo un trato. Lleva a la editorial ese libro que tanto me gusta, y yo te dejo de joder. Si quieres me voy al otro lado del mundo... - dijo con voz dramática.

- No es necesario que seas tan exagerado, solo deja de interferir en mis asuntos...

- ¿Trato entonces?... – Dijo con una sonrisa en los labios y extendiendo su mano hacia mí. –... En serio. Dejaré de entrometerme... – dijo al ver que

yo demoraba en contestar. Suspiré otra vez.

- Está bien... ¿Pero si rechazan mi libro?

- Bueno, de todos modos, lo intentaste. Y por el intento, intentaré cumplir mi promesa.

Suspiré nuevamente y lo miré con cara de exasperación.

Martín era un gran amigo de años. Me conocía mejor que nadie. Siempre podía contar con él, siempre estaba ahí cuando lo necesitaba. Ha sido para mí ese hermano mayor que jamás tuve.

Su único pequeño gran problema era que me sobreprotegía demasiado, más que un amigo, a veces parecía un padre. ¿Será porque es un par de años mayor que yo?

Era un hombre muy guapo. A sus treinta años, a veces, aún tenía gestos de adolescente. Tenía el aspecto de niño de alta sociedad... (En realidad lo era, pero no le gustaba). Su cabello rubio oscuro y ojos verdes lo hacían una figura ideal dentro del medio que se desenvolvía. Era delgado y medía un metro noventa, todo un top model.

Lo había conocido cuando él y el grupo de baile de su Instituto fueron a dar una representación para el día de la independencia a mi escuela. Yo fui la encargada de la recepción y de mostrarles las instalaciones. Nos hicimos amigos de inmediato. En ese tiempo, con diecisiete años, vivía solo en un departamento. Sus padres lo habían enviado a estudiar a la ciudad, y él no tenía muchas intenciones de volver a vivir al seno materno. Su madre no aguantó mucho tiempo sin ver a su único hijo, por lo que convenció al padre de Martín a mudarse. Así compraron una casa en los suburbios de la ciudad para estar alejados del ruido y la contaminación.

Yo no iba mucho a su casa porque su familia, de origen alemán, era de muy buena situación económica y me sentía incómoda entre tanto lujo.

La señora Friedman era una mujer muy tierna y preocupada de su hijo. Siempre me pedía que me enamorara de Martín. A ella le encantaba la pareja que hacíamos. Mientras que el padre se mantenía al margen, siempre ocupado de sus negocios y sus viajes. Casi no lo conocía.

Pero la relación de Martín con sus padres era muy decadente. Se la pasaban peleando. Para mi amigo la situación a veces se volvía insoportable, por lo que a diario lo tenía de huésped en mi casa, a pesar de que a mi padre no le hacía mucha gracia. Pero en realidad, a él nada le

causaba gracia. Era todo un ogro.

Los padres de mi amigo murieron de manera muy extraña hace seis años. Nunca hablamos de ese tema. Para él es muy doloroso. Se culpaba de sus muertes. Todo había sido demasiado rápido: Martín fue a mi casa para ayudarme en unos trabajos. Nos entretuvimos viendo películas de terror una vez terminamos. Se nos hizo muy tarde. Se fue cerca de las una de la madrugada. Cuando llegó a su casa, una fuga de gas se había llevado a sus padres que dormían en su cuarto. Siempre decía que, si se hubiese ido cuando tenía que haberlo hecho, ellos estarían vivos. Cuando llegó la policía, determinaron que habían muerto hace no más de una hora.

Al poco tiempo mis papás se separaron. Mi papá se fue a otra ciudad y mi mamá se volvió insoportable.

Decidimos vivir juntos, así, que arrendamos un departamento en el centro de la ciudad y abrimos una tienda de alta costura. Martín era diseñador, decía que era una forma fácil de utilizar la imaginación y estar cerca de las mujeres más bonitas (le encantaba organizar desfiles con las modelos más destacadas) y yo me hacía cargo de la parte administrativa.

Vamos a cumplir cinco años viviendo juntos. Al principio era extraño. Él era efectivamente como un hermano mayor. Yo pasaba mucho tiempo solo con mi madre antes de mudarme, por lo que la convivencia diaria con el sexo opuesto fue toda una prueba para mi tolerancia y paciencia. ¿Por qué los hombres son tan... ni siquiera sé cómo llamarlos?

Los vecinos, por su parte, comentaban cosas de nosotros. Creían que éramos una pareja de recién casados. Hasta que la curiosidad les ganó y nos preguntaron. Cuando les dimos la negativa, se llevaron una decepción y comenzaron los cotilleos.

- ¡Cómo no van a tener tiempo para sus cosas! ¡La señora del 303 debería preocuparse por los buitres que rondan a su hija, en vez de estar preguntando si estamos casados... qué estupidez! - Se quejó Martín cuando llevábamos una semana en el edificio.

- Déjala. Ya se le pasará. Es solo porque somos nuevos. Ya verás cuando pase el tiempo. - le decía para tranquilizarlo.

Pero no fue así. Parecía una epidemia de chismes. Cada vez más vecinos del piso nos miraban como si fuéramos algo detestable e inmoral. Era muy desagradable.

- ¡¿De todos los departamentos del edificio tenías que elegir el piso de los cabeza cuadrada y enchapados a la antigua?! - me reclamó una noche

muy irritado por un comentario de nuestra vecina.

- ¡Oye! Tú elegiste el piso, ¡no me reclames ahora!! – me defendí -
¿Podrías explicarme siquiera que fue lo que pasó?

- Me estaba despidiendo de Jess... Tú sabes. – Lo miré con cara de pocos amigos, tenía la mala costumbre de exhibirse más de lo moral con sus novias – No, no me mires así. Bueno.... Está bien, fui un poco efusivo... por no decir otra cosa. Pero esa... bruja... me saca de mis casillas. – Estaba realmente molesto, las venas de su cuello estaban dilatadas y su cara tenía un tono rojizo, realmente creo que estaba intentando controlar su enojo.

Jessica era su antigua novia. Era... una mujer muy hermosa y la típica rubia, sin cerebro, preocupada de sus uñas y el maquillaje, pero hacían una "linda pareja". Me caía bien, pero tenía cierta debilidad por la billetera de mi amigo. Él siempre la llevaba a restaurantes y hoteles caros.

Estaban en planes de volver, pero el compromiso espantaba a Martín. Le gustaba mucho salir de juerga con amigos y conocer más chicas, quienes lo llamaban todos los días para invitarlo a divertirse por ahí. Esto frustraba la relación entre Jessica y Él. Ella quería formalizar la relación y casarse con mi compañero. – soy un alma libre. – decía Martín ante la posibilidad de contraer nupcias. Prefería ser "amigos".

- ¿¿Y??... - pregunté un tanto irritada.

- Puedes creer que cuando pasé por su lado me susurró, "casi se come a esa puta allí abajo, y ahora muy campante se va a revolcar con la otra zorra que tiene en casa".

Sentí cierto calor subir a mi cara. ¿Yo? ¿La "otra zorra"? ¿Qué se creía esa mujer?...

En un acto bastante poco esperado de mí, me fui derecho hacia la puerta. Quería exigirle a esa vieja bruja que nos dejara en paz. Pero al poner la mano en el pomo de la puerta, Martín me detuvo. Intenté zafarme, pero cuando me volví, tenía una extraña sonrisa.

- No es necesario. No pienso que nos moleste más.

- ¿A sí? ¿Por qué estás tan seguro?

- Mmmm...

- Martín, ¿¿qué hiciste??

- Nada. Solo le dije que tú y yo solo éramos amigos de la infancia.... Y...

- ¿¿¿Y???... – dije con impaciencia.

- Le dije que si tú y yo éramos pareja era cosa nuestra. Que más le valía que no se siguiera metiendo con nosotros o se iba a arrepentir...

- ¡Martín! ¿La amenazaste? – dije conmovida.

- No pongas esa cara, solo le dije que iba a correr el rumor que su hija metía a su departamento todas las semanas a un chico distinto cuando ella no estaba.

- ¡En serio le dijiste eso!... – Reí. Imaginé su cara de asombro y vergüenza al verse descubierta por el nuevo inquilino - ¿Y qué te contestó?

- Me dijo: ¡cómo te atreves insolente!! Mi hija es una señorita de sociedad, de bien. No dejaré que le levantes falsos. Y con respecto a ustedes, pueden revolcarse con quienes les parezca mejor. Degenerados, bla, bla, bla... Estaba realmente molesta – Dijo imitando el tono chillón de mi querida vecina. - ... Luego no escuché más porque se fue a su casa.

- Me parece extraño no haber escuchado sus gritos. Por lo general se escuchan bastante claros.

- Es... Que... No gritó... lo dijo despacio. – Me dio la impresión de que me estaba perdiendo algún detalle importante – Me lo dijo lo suficientemente alto para que solo yo lo oyera. Ya sabes... ¿Cómo va a querer que los vecinos se enteren de lo de su hija...?

No volvimos a tener más problemas. Ella optó por ignorarnos. Mejor así. Aunque de todos modos aún sentía que me faltaba una parte de la historia. En fin, como por arte de magia, no volvimos a vernos perseguidos por la buena moral de nuestros vecinos.

Nunca en más de trece años había sentido atracción por Martín, ¡lo juro!, siempre lo había mirado como un hombre castrado, lo vuelvo a repetir, un hermano. Pero desde hacía unos meses me confundía su manera de tratarme tan delicadamente, sentía que él se daba cuenta de mis pensamientos y a veces me sentía muy incómoda. No quería que nuestra relación de casi hermanos se convirtiera en un romance que podía terminar de forma abrupta. No quería perder su amistad de tantos años por una confusión. Pero hasta ese momento, nunca lo había visto actuar como esa noche que salimos juntos de juerga.

La noche en que todo comenzó...

Habíamos entregado al fin ese maldito vestido, por seis meses tuvimos que soportar la histeria de la novia... Todos nos poníamos tensos cuando ella aparecía para las pruebas y las últimas semanas fueron del terror. Cuando terminamos el vestido y deshacernos de esa mujer era algo inminente, era absolutamente necesario un par de tragos. Y sin dudar fue la noche más confusa para mí en años.

Esa noche al salir del local un tipo que era mucho más grande y corpulento se nos acercó...

- Que pasa preciosa, ¿no me quieres acompañar a dar una vuelta? – el tipo estaba en un evidente estado etílico.

Le ignoré, pero Martín se puso tenso y se volvió para darle una mirada asesina. Tomé del brazo de mi amigo y lo tiré para que nos fuéramos de ahí cuanto antes... comencé a ponerme nerviosa.

De improvisto el sujeto me tiró del brazo con tal fuerza que logró separarme de Martín.

- Vamos amor. Deja a este sujeto enclenque y vente conmigo. Vamos a divertirnos un rato... - Su olor a alcohol me revolvió el estómago y sentí ganas de vomitarle encima.

- Oye imbécil. Ella viene conmigo. – dijo Martín dándole un empujón con bastante fuerza, más de la que parecía tener.

- Martín, ¡¡no, por favor!! – logré zafarme de mi opresor. Me puse delante de él con las manos en su pecho para evitar que se fuera sobre aquel tipo.

- Pues deberías compartirla, te la devuelvo en un rato, déjame gozarla – lanzó el sujeto maliciosamente.

Martín me tomó por la cintura y me apartó del medio, para darle un golpe lleno de furia justo en el mentón a mi agresor. Quien se tambaleó hacia atrás, más por la sorpresa que por el impacto.

-¡¡MALDITO INFELIZ ¿CÓMO TE ATREVES?!! – gritó el hombre, con los ojos desorbitados. Tuve miedo por Martín y lo que pudiese pasar. Pero me llevé una sorpresa.

No había visto a Martín en la faceta de luchador de artes marciales. Con gran agilidad dio una lluvia de golpes, tomó ventaja rápidamente y como golpe final, giró sobre su pierna izquierda, y levantando la derecha le dio senda patada en la cara.

El hombre no pudo más, desplomándose a los pies de mi defensor. Martín solamente se despeinó un poco, pero tenía los nudillos manchados de sangre de su oponente. Yo estaba de una pieza mirándole incrédula, con los ojos abiertos como platos.

La gente que se había reunido para mirar la pelea aplaudía a Martín y gritaban improperios a dos tipos que estaban levantando al hombre bulto del suelo. Estaba tan atontado por la cantidad de golpes recibidos que apenas sostenía la cabeza.

En ese momento llegó la policía, alertados por los guardias del local de dónde veníamos saliendo. Y como siempre haciendo todo mal...

- ¡Quédate dónde estás! – gritó uno de los policías, abalanzándose sobre Martín.

El policía se veía bastante joven. A pesar de su camisa se podía ver anchos brazos bien marcados. Era bien parecido. Tenía el cabello oscuro y la tez clara. Sus ojos eran de un color pardo. Eran impresionantemente hermosos, tanto en el color como en la forma. Si no lo hubiese visto bajarse de una patrulla, daría por hecho que era modelo o algo parecido, sobre todo por la petulancia que irradiaba su rostro.

- Pon las manos en la espalda. Donde las pueda ver – le espetó a Martín. La rabia por la injusticia me embargó.

- ¡Oiga! ¿Qué le pasa? Martín solo me defendía. Es a ese idiota al que tiene que arrestar. – le espeté.

Todos los presentes se quedaron callados e inmóviles, como si algo los hubiese paralizado, incluso el policía, quien me miraba con cara de sorpresa. Pero le bastaron unos segundos para que recobrarse la postura. Su rostro se volvió duro e inexpresivo. Respiró hondo para controlar su ira.

- No necesito... – espetó de manera pausada, pero con un tono demasiado autoritario para mi gusto –... Que una niña me diga cómo debo hacer mi trabajo.

- Pues no me parece – rebatí al instante. Yo ¿niña? ¿Qué se cree este idiota? – si supiera hacer su trabajo, como mínimo preguntaría qué es lo que ocurrió...

- Elena... cálmate... solo es un malentendido... – Me interrumpió Martín, quien parecía bastante tranquilo y a la vez divertido por la escena.

- ¡Cómo quieres que me calme si este "señor", te trata como a un

delincuente!... – sentía el calor en mis mejillas.

- No sé en qué categoría incluiría usted, "señorita", a un tipo que golpea a otro hasta dejarlo semiinconsciente – puso un énfasis irónico en la palabra señorita, que me hizo enfurecer.

- Bueno, la culpa la tiene usted, señor – utilicé el mismo tono irónico. Sus ojos se encendieron de ira.

- Elena, basta... no es necesario.... – intervino Martín, pero hice como que no lo escuché.

Sabía que me estaba pasando de la raya. Pero este tipo, ¿Qué se creía? Solo era un patrullero.

- Cállate. No te metas en esto Martín...

- ¿Podría explicarme, la señorita, por qué demonios tengo yo la culpa? – se había olvidado de Martín. Lo había soltado. Ahora tenía los brazos cruzados a la altura del pecho y se me había acercado. Era realmente "grande".

- Porque nunca hacen bien su trabajo, como corresponde. Siempre llegan tarde. Nunca preguntan nada. Solo actúan, pasando a llevar la integridad de las personas y faltando el respeto por doquier haciendo abuso de autoridad. Se esconden de tras del uniforme y la placa, y ya se piensan más machos, importantes, nadie los puede increpar, nadie los puede tocar, ¿verdad? Es usted un imbécil arrogante, un cabrón hij.... – Me pasé de la raya.

- ¡Elena detente!

La gente que se había quedado a figonear se reía por lo bajo y más de alguno tímidamente apoyó mi moción.

Los dos acompañantes del policía se miraron atónitos, pero en sus ojos se notaba una sonrisa que no pudieron disimular, incluso uno se volteó para "toser". Tal vez nuestro amigo policía no solo demostraba con sus gestos su petulancia porque ninguno de sus acompañantes intervino. Si no hubiese sido de noche, hubiese jurado que enrojeció hasta las orejas.

- Lo lamento, pero va a tener que acompañarnos a la comisaría por desacato. – Yo ya sabía que eso vendría. Él, estaba que echaba chispas por los ojos.

- No tengo ningún problema, señor, pero exijo que se lleven a este tipo. – dije señalando al hombre que me agredió y que en ese momento

intentaba pasar desapercibido entre las personas que nos observaban.

- Riquelme, complace a la señorita – dio la orden sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. Su furia era inmensa. – Vásquez, pide que venga otra patrulla para recoger a Riquelme y compañía.

- Gracias. – dije con sarcasmo, y dándole la espalda me encaminé hacia la patrulla.

- De nada – murmuró a mis espaldas lo suficientemente alto para que lo escuchara.

De camino a la comisaría no dejaba de mirarme por el retrovisor. Sentía sus ojos fijos en mí, pero yo estaba intentando descifrar lo ocurrido. Ver a Martín en aquel acto heroico por mí... podría haber ido a parar a un hospital o peor si esos tipos hubiesen estado armados... no, pensar en ello no servía de nada.

Entonces recordé la sorpresa que me llevé al poner mis manos sobre su pecho, lo sentí íntimo, como un refugio y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Y luego, cuando me tomó por la cintura para apartarme del medio, sus grandes manos tomando con fuerza mi cintura, mi cuerpo protegido por el suyo y la furia con la que lo defendí del aquel patrullero creído... sentí el enojo nuevamente como si estuviera ocurriendo todo de nuevo, ¿sería posible que estuviese sintiendo algo más por mi mejor amigo? Y para colmo, ese patrullero que no paraba de mirarme, me estaba comenzando a poner nerviosa cuando llegamos a la estación de policías.

Más tarde me enteré de que aquel patrullero era el detective Alex Martínez, de la brigada de homicidios, y que solo pasaban por el lugar porque estaba investigando las agresiones de algunas chicas del vecindario. Pero detective o patrullero, la petulancia y la prepotencia no se la quitaba nadie.

Se limitó a investigar por qué Martín había golpeado al tipo. No mencionó nada de lo ocurrido conmigo, debió pensar que mi reacción fue porque estaba nerviosa, o porque sus compañeros me miraban, luego lo miraban a él y no paraban de sonreírse y murmurar. Seguramente el episodio fue tan bochornoso para él, que comentarlo en su sitio de trabajo sería demasiado para su ego.

El hombre del bar no presentó cargos en contra de Martín, quien acusó defensa ante la agresión cometida, y pidió disculpas por lo ocurrido, eso y que su alcoholemia estaba por las nubes. Nos dejaron ir solo con una advertencia.

Al llegar a casa me lancé a mi cama, sin cambiarme de ropa ni acostarme como es debido, me dormí reflexionando en las sensaciones que despertó

en mí Martín, y aquellos ojos pardos que no dejaban de mirarme ni siquiera en la comisaría.

... Estaba en la salida de la disco, un hombre desafió a Martín. Él intentó defenderme. Mis manos estaban sobre su pecho, sus manos en mi cintura... un escalofrío... el escenario cambia. Estamos en el departamento, él toma mi cintura con fuerza, me aprieta contra su cuerpo. Un beso. Pasión, desenfreno. Luego en mi mente, una sonrisa petulante y aquellos ojos pardos....

Me despertó el ruido del celular, como no conocía el número, no contesté y me fui a la ducha.

Martín ya no estaba, y recordé de pronto que hoy temprano tenía que entregar un vestido de novia. Es cierto, anoche habíamos ido a celebrar que lo hubiese terminado, aquel vestido fue un calvario para todos.

Entonces recordé todo lo ocurrido esa noche y un nuevo escalofrío recorrió mi cuerpo. ¿Y ese sueño extraño?, qué demonios me estaba pasando. Mi celular sonó otra vez sacándome de mi ensimismamiento. Era el mismo número desconocido, esta vez contesté.

- ¿Hola?

- Emm, hola, ¿la señorita Elena del Río?

- Sí, soy yo ¿Quién habla?

- Eh, sí, disculpe, soy el detective Alex Martínez de la brigada de homicidios, nos conocimos anoche en un altercado no muy amistoso... ¿Me recuerda?

Como olvidarlo... El recordar la intensidad con la que me observaban sus ojos pardos hizo que me dieran cosquillas en el estómago, pero también recordé la petulancia, prepotencia e ironía con la que me trató, la ira reapareció nuevamente... ¿Qué quería ahora?

- Claro que lo recuerdo. Es el primer policía que conozco que se pone a discutir con las víctimas antes de arrestar a los culpables... - sentí su risa nerviosa y divertida a la vez.

- Emm, sí. Imaginaba que estaría molesta aún, por eso me atrevo a llamarla... - mi fuero interno saltó: no lo creo, señor engreído, ¿disculpándose? - quería disculparme por lo grosero que fui anoche. No me justifico, pero me descolocó su actitud...

- Claro, no todos los días se encuentra con alguien que lo enfrente sin importar el uniforme, ¿verdad? - no pude evitar la ironía en mi tono, él lo

notó.

- Efectivamente, pero no considero que sea necesario que se ponga a la defensiva, después de todo, únicamente llamo para disculparme por el mal rato.

- Lo siento, es que no sé qué esperar de un hombre como usted...- no sé por qué, pero no podía alejar la ironía de mis palabras.

- ¿Un hombre como yo?, pero si ni siquiera me conoce, ¿cómo puede saber cómo soy en realidad?

- La impresión causada habla por sí sola...

- No pensé que una mujer como usted se dejara llevar por primeras impresiones, después de todo, el contexto puede alterar nuestra forma de actuar y nuestra percepción...

- ¿Una mujer como yo? – Lo corté - ¿Qué sabe usted de mí? Veo que no aplica sus propios raciocinios, señor. – rio con más fuerza ante su evidente caída.

- Espere, considero que esto no va bien... la idea era llamarla para disculparme, no para seguir discutiendo. Pero veo que no ha funcionado.

- Opino que tiene usted razón. Por favor disculpe mi carácter, suelo ser algo obstinada...

- Bastante obstinada la verdad. Pero, acepto sus disculpas.

- ¿No es irónica la vida? Usted llama para disculparse, y soy yo quien termina haciéndolo...

- Pues que le parece si discutimos las ironías de la vida tomando un café...

- Me parece que lo estaría desviando de su investigación, ¿no necesita de todo su tiempo y concentración? – volvió a reír, pero esta vez de manera muy cautivante y sensual.

- Hoy tengo libre y no tengo intención de pensar siquiera en trabajo... ¿Qué le parece a las seis?

- En el café frente al teatro.

- Hecho, nos vemos en un rato. – y colgó el teléfono.

¡Oh por Dios! ¿Qué acaba de pasar? Le conté a Martín de la llamada del detective, lo que no le hizo ni una pizca de gracia, así que omití el encuentro de esta tarde.

- Esto es injusto... ¡el trabajo lo hice yo y el mérito se lo lleva él!! – dijo exaltado.

- A qué te refieres con ese comentario...

-Olvídalo. – tomó las llaves del auto de la mesita al lado de la puerta y se fue dando un portazo tras él.

Capítulo 3

III

Veladas

- Pensé que no vendría...

No pude reprimir una sonrisa tonta, se veía guapísimo. Vestía unos jeans y un suéter, pedí a Dios no tener cara de idiota ante él.

- Le dije que estaría aquí. – dije recobrando la compostura.

- Por favor, nada de formalidades, - extendió su mano como si se estuviese presentando – dígame Alex.

- Elena – dije tomando su mano

– Bueno Alex, creo que este es un mejor comienzo.

- Yo también lo pienso – dijo riendo divertido – Gracias por venir.

Me invitó a tomar asiento y acomodó mi silla. Tomó asiento frente a mí y comenzó a mirarme fijamente con aquellos ojos penetrantes. Me sentí un poco avergonzada, desvié su mirada y comencé a hablar.

- Por cierto, quería agradecerle – puso cara de no saber de qué estaba hablando, pero no me interrumpió – por no haber presentado cargos por lo ocurrido – soltó una abierta carcajada.

- Mis compañeros ya se habían reído mucho de mí. Usted no se iba a dejar formalizar, así como así ¿o no? Y yo no quería que el resto de la estación se riera también.

- O sea que no lo hizo solo para ahorrarse la vergüenza y salvaguardar su frágil ego herido... y yo que pensé que existía algo de caballerosidad entre tanta petulancia.

- ¿Petulante? Así que esa es su primera impresión de mí... ¿Y qué más? ¿Engreído tal vez?

- Y prepotente... y arrogante... y...

- Ya basta, dejaré mi autoestima por el suelo – me sonrió – Admito que la vergüenza fue una de las razones.

- ¿A sí? ¿Y cuál sería la otra? – pregunté escéptica.

- No podía permitir que una dama tan linda pasara una noche en un calabozo.

Conversamos y reímos hasta que oscureció. Después de todo este nuevo sujeto no era tan insoportable.

A las pocas semanas comenzamos a salir. Contra la voluntad de Martín nos hicimos novios, lo que produjo un gran quiebre en nuestra relación.

Lo cierto es que Alex hizo que todas mis confusiones, con respecto a Martín, desaparecieran.

Sin darme cuenta, de repente estaba involucrada con policías y detectives, un mundo al que jamás pensé acceder. Es interesante como esta nueva información me permitió trabajar más en la novela que aceptó la editorial.

Y no solo tuve acceso a ideas policiales, mi mundo social se abrió generosamente. Mi primer encuentro con sus compañeros fue en la boda del mejor amigo de Alex, aquel policía que no pudo contener la risa en nuestro encuentro en la calle del pub y que la disimuló muy mal con una tos falsa. Su nombre, Roberto.

Creo que jamás conocí a alguien tan entregado al amor. La verdad, admiro su devoción, y no porque desee a alguien que cumpla a cabalidad todos mis caprichos sin protestar (okay, es algo que me encantaría, hay que admitirlo), sino porque jamás dudaría en recibir una bala en el pecho por alguien que ama. Igual Anya, no parece existir el mundo cuando está con él. Son perfectos, y me encantaría tener una relación así con Alex.

Nuestras citas dobles o incluso triples eran de lo más divertidas, una pena que Martín y sus novias modelos no encajaran en el grupo. Eran mundos demasiado diferentes.

Recuerdo una de las últimas citas dobles antes de que las cosas se complicaran.

Fuimos a un bar, nada que ver con los que visitábamos con Martín, donde reinaba la música electrónica y estaba lleno de estereotipos superficiales. Este bar era completamente diferente, un estilo mucho más acogedor, con más mesas para poder compartir y una música menos retumbante, que nos permitía conversar y reírnos.

- Cariño, ¿me puedes traer un Ramazzotti con varias rebanadas de

naranja, por favor? – le pidió amablemente Anya a Roberto.

- Claro Amor, tus deseos no órdenes para mí – dijo dándole un beso en la frente.

- ¡¿Riquelme, amor, me tares otra cerveza?! – tonteó Alex.

Roberto le hizo un gesto obsceno y todos reímos.

- Yo voy, no te preocupes – dije, queriendo ser amable, a lo que respondió con un seco “gracias”.

- No debería ser tan desconsiderado – dijo Roberto cuando estuvimos en la barra lo suficientemente alejados.

- No te preocupes, solo está cansado y un tanto abrumado por el trabajo, no suele comportarse así – dije en un intento de disculparlo.

Él me miro de una forma extraña, en total desacuerdo con la situación, pero no insistió con el tema, lo que agradecí.

- ¿Cómo vas con tu novela? Alex me comentó que casi se cumple el plazo de entrega.

-Oh, muy bien, está casi lista. Relacionarme con policías me ha dado mucho material.

- Me alegra que como policías podamos darte algo más que malos ratos – dijo riéndose.

- ¿Es que jamás vas a olvidar lo que ocurrió en el bar?

- Jamás podría, no había disfrutado tanto una escena así en la vida. Pusiste a Martínez en su lugar delante de muchísima gente, en la brigada no se habló de otra cosa por semanas, fuiste nuestra heroína. – me regalo una exuberante sonrisa que me reconfortó bastante. Fue una gran noche, a pesar lo ocurrido.

Pero Anya enfermó, ya casi no salíamos porque ella siempre estaba cansada y delicada por su tratamiento y Roberto empleaba todo su tiempo cuidándola y yendo de médico en médico.

De un tiempo a esta parte nuestra relación, con Alex, no estaba nada bien. Ahora peleábamos a menudo y no lográbamos llegar a ningún acuerdo sin que antes nos peleáramos a muerte.

Donde mejor nos llevábamos, era cuando estábamos a solas, pero no se puede estar con alguien únicamente por sexo. No por lo menos durante

tanto tiempo y menos cuando se supone que hay sentimientos de por medio. Incluso después de un tiempo, nuestra intimidad se ha ido deteriorando, ya nada era lo mismo.

A veces la relación se volvía insostenible, agobiarte y llegaba a sentirme incómoda con él, asfixiada. Pero tenía la vaga esperanza de que eso cambiara... algún día....

A menudo aparecía el arrogante que conocí en aquella ocasión, se volvía prepotente y quería que siempre se hiciera su voluntad, a esto se sumaba que cada vez lo veía menos, por lo general me dejaba plantada cuando estábamos juntos. Luego solo se disculpaba...

- ¿Qué es lo que quieres? Y habla rápido, no tengo todo el tiempo... - ese día intenté que mi voz sonara firme. No quería mostrarle ni una pizca de debilidad. Tenía que ser fuerte, no podía dejarme llevar... de nuevo.

- Elena, por favor, no seas así, sabes que no fue mi culpa. Ven vamos... - se acercó a mí con esa sonrisa burlona y llena de picardía que tanto me gusta. - ... Porque no me regalas una sonrisa y me perdonas, ¿sí?

- Alex... - mi voz sonó más relajada y deseosa, pero logré controlarla -... siempre es lo mismo. Siempre está todo antes que yo, ya no lo soporto. - Esos ojos... autocontrol... solamente necesito autocontrol...

Me volví para no hacer contacto visual. Él me abrazó desde la espalda, rodeando mi cintura con los brazos y apoyando su cabeza en mi hombro

- Nunca te he hecho problemas porque sales con tus amigos, o por tu trabajo. Pero ya no soporto que me dejes plantada por tus "inconvenientes". Entiendo que es tu trabajo, y es comprensible, está bien, pero cuando no estás de servicio... siempre tienes algo que hacer... eso no me sirve. Si vamos a estar juntos, estemos juntos, pero si me vas a dejar sola, prefiero estar sola de verdad... además, te estás volviendo cada vez más autoritario y prepotente conmigo, ya no lo aguanto - Sentía su respiración en mi cuello mientras hablaba. Sus manos presionaban mi cintura. El calor de su cuerpo demasiado cerca del mío... vamos resistencia es lo que necesito. ¡iiiVamos por favor!!!

- Elena... - Se separó de mí. Puso sus manos en mis hombros, volteándome suavemente y acercó sus ojos pardos frente a los míos - Cariño, por favor, de verdad lo siento, he sido estúpido...

- Demasiado - Lo corté.

- Tienes razón. Demasiado estúpido, pero por favor, lo arreglaré, te lo prometo, pero no me castigues más así. No puedo vivir sin ti, solo dame tiempo, en el trabajo estamos sobre la pista de ese maldito, y los chicos

están desordenados porque... Ya sabes... Mario se casa en tres semanas... Por favor amor, me estás matando con esa indiferencia....

Por lo menos logré lo que quería. Peleando contra todos mis instintos, logré mantenerme indiferente. Sabía que no estaba exagerando, Alex se preocupaba más que nadie de mí, es verdad, ha estado con mucho trabajo, la policía está buscando a los responsables de varias golpizas, el último caso llevó a una mujer muy grave a urgencias, con múltiples golpes en la cabeza, no había testigos, tampoco fue un asalto, solo la golpearon. Pero eso no lo justifica.

Cada vez me dejaba más sola, cada vez se volvía más agresivo conmigo, y no parecía darse cuenta de daño que me hacía con eso. Y no sabía hasta donde podría llegar con esto.

- Elena, ¡¡me estás matando!!... Está bien, está bien, como quieras... tú ganas.

- ¿¿De verdad?? No te creo...

- ¡Sí!, de verdad. Me iré contigo a esa casa en el bosque que tanto te gusta en cuanto tenga un par de días. Solo... cuando tenga un par de días.

- ¿Y qué más?

- Prometo comportarme, controlar mi mal genio y mis palabras para no herirte.

Eso bastó, por lo menos accedió a eso. Llevaba meses pidiéndole que nos fuéramos a la cabaña en el bosque. Nunca me ha querido acompañar, a él no le gustaba porque no había señal para nada. No había líneas telefónicas, ni Internet, es como desconectarse de todo, cosa que no le gusta. Está demasiado obsesionado con el tipo que golpea mujeres que está suelto, y pide información nueva cada una hora. Y si deja de tratarme como lo hace, podríamos replantear nuestra relación de pareja. Y vaya que lo necesitábamos de forma urgente. El aislamiento nos serviría.

Me tiré sobre su cuerpo con mis brazos entrelazados a su cuello, nos miramos unos instantes y luego me besó. Sus besos me embriagaban. Eran sencillamente irresistibles. Los amaba.

- Creo que me perdonas entonces... - dijo cuándo nos alejamos unos milímetros para poder respirar.

- Solamente lo estoy considerando... - dije con la voz más indiferente que

me fue posible.

- A ver, probemos de nuevo - me dijo con su voz cautivante – Considera esto... - Posó su brazo en mi espalda y me presionó contra él.

Odiaba y amaba cuando hacía eso. Estaba atrapada en sus brazos, no podía escapar. Usaba su fuerza para mantenerme pegada a él, me sentía acorralada, eso lo odiaba... luego me besó. Pero eran esos besos eternos, que erizan la piel, esos que transmiten sentimientos, eso... eso lo amaba...

Capítulo 4

IV

Desastre

Los meses pasaron vertiginosamente y hoy se iba a realizar una recepción en la sala de eventos de uno de los hoteles más famoso de la ciudad para celebrar el éxito del lanzamiento de mi primera novela. Habría medios de comunicación y los administrativos de la editorial, entre otros.

- Martín, por favor, compórtate, es un gran día para mí, no lo arruines...

- Elena... Me comportaré si él lo hace. Sabes que no lo soporto, de todos los novios que has tenido, es el peor, tú mereces alguien mejor, no ese policucho de última...

- Basta Martín - Lo corté - Sabes que odio que te refieras tan despectivamente a las personas, no todos nacen en cuna de oro como tú, ¿sabes?, además ese "policucho de última" es mi novio y...

- ¿Y qué? - me interrumpió - ¿No me vas a decir que lo amas? Es un tarado...

- MARTÍN!! He dicho basta, Alex es mi novio hace dos años, ¡claro que lo amo! Y no es un tarado...

Sentí que la furia me hacía hervir la sangre, ya habíamos discutido este tema con mi amigo en muchas oportunidades, no sé por qué ha cambiado tanto.

Desde un principio que no se llevaba muy bien con él, pienso que por las circunstancias en las que se conocieron, pero eran capaces de compartir por momentos. Ahora, con el pasar del tiempo, se generaron más hostilidades entre ellos, ya no pueden estar en un mismo espacio sin sacar chispas...

- No quiero discutir esto de nuevo, y menos hoy... Me vas a acompañar, ¿sí o no?

- Ah – suspiró – Lo siento cariño, es que no soporto a ese... tipo, pero tú no tienes la culpa de que haya aparecido. Claro que te acompañaré, para eso están los amigos.

- Gracias, amigo – le dije abrazándolo, él me estrecho con fuerza - Sabía

que podía contar contigo.

-Claro que puedes, además yo fui el de la idea. Todo saldrá bien, ya lo verás, además, te ves hermosa, ¿Por qué no te arreglas así más seguido?, mira esos ojos, se ven estupendos y ese vestido... si no fueras mi amiga te raptaría ahora mismo y te llevaría lejos.... Te tendría solo para mí ¿No te gustaría ser mi modelo estrella?

- Si claro... - le dije, poniendo los ojos en blanco.

No me gustaban las producciones con estilistas, eran largas y agotadoras. No podía negar que me gustaba lo que veía, pero la idea de pasar horas frente al espejo para obtener un resultado decente, me exasperaba demasiado (no tenía habilidad con los utensilios de maquillaje, por lo que me demoraba mucho en lograr delinear mis ojos de forma más o menos simétrica).

Hoy, llevaba un maquillaje sencillo, ahumado, que resaltaba mis ojos y un peinado a base de un moño muy bien elaborado.

Llevaba un vestido de terciopelo negro ajustado al cuerpo, diseñado por mi amigo, que resaltaba mi cintura y caderas. Me llegaba hasta la rodilla y tenía la abertura atrás que llegaba más arriba de lo que hubiese preferido, agradecí que estuviese atrás y no a un costado (sería un problema lidiar con él al momento de sentarme). El escote, bastante pronunciado también, realzaba mi busto. Iba montada sobre un soberbio par de zapatos estileto con taco aguja, los que hacían que me viera más alta y estilizada.

Esperaba que a Alex le gustara, siempre se ponía contento y entusiasta cuando me veía bien arreglada, fue una de las razones por las que accedí a esta transformación... Alex, y mis intentos por arreglar nuestra relación.

- Me encanta este diseñador, sabe cómo realzar tus curvas... - me dirigió una sonrisa llena de picardía. - por cierto, te tengo un regalo de felicitaciones...

- Martín, gracias, pero no tenemos tiempo....

- Nada de eso, no te mueves de aquí sin él. Se fue corriendo a su habitación y volvió con tres estuches forrados en satín, negros como mi vestido...

- Antes que me digas nada - me interrumpió al ver mi cara de futura protesta... - es un regalo y a caballo regalado no se le mira el diente, no te compré de diamantes porque sabía que me los lanzarías por la cabeza, son de plata, y con ese vestido se te van a ver increíbles. Por favor,

acéptalos ¿sí?...

- Está bien – estiré la mano para recibir el primer estuche, antes de abrirlo le lancé una mirada de pocos amigos.

El estuche era pequeño y alargado. En el interior había una traba para el cabello, era hermosa, entera de plata labrada, y en una esquina tenía una rosa preciosa.

- Martín, es hermosa... - dije con un hilo de voz....

- ¿Verdad que sí?... y en tu cabello castaño se verá aún mejor – tomó la traba y la puso en mi cabeza con sumo cuidado – ya está preciosa, ¡Siguiente...!

Me entregó un estuche un poco más largo, pero más angosto, al abrirlo me encontré una pulsera fina con eslabones redondos y unas pequeñas rosas, también en plata.

- Creo que las rosas son tu obsesión... - dije sin dejar de admirar la belleza de aquel objeto.

- No más que para ti... - comentó mientras ponía la pulsera alrededor de mi muñeca derecha - Y... nos queda el último.

El último estuche era más cuadrado, pero igual de plano. Al levantar la tapa me quedé con los ojos casi desorbitados al ver el par de aros largos y la fina cadena que tenía en frente. El pendiente de la cadena, como en los otros accesorios, era una rosa que parecía estar tallada, y, en menor escala, los aros también tenían una rosa en la parte alta, de donde caían tres finas cadenas de aproximadamente ocho centímetros.

- Será mejor que cierres la boca o vas a babear mi regalo...

- Idiota.

- Gracias, me encanta la forma en que demuestras tu gratitud. Ven, déjame ponerte el colgante, mientras ponte los aros, mira que ahora si estamos atrasados.

- De verdad Martín, muchas gracias, aunque aún me estoy debatiendo por sacármelos y devolvértelos deben de ser muy costosos.

Martín puso los ojos en blanco con gesto de exasperación.

- El precio no es algo que te incumba, pero eres libre de hacer lo que

quieras, claro está, después de la recepción, ahora vámonos.

El éxito de "BLOOD", se debía las noches viendo películas con Martín. Estas habían dado vida a la novela, llena de misterios, crímenes, y pasiones. Era una crónica corta. Se trataba de una chica que se convierte en modelo para conquistar a un hombre de muy buena situación financiera, ella aparte de estar enamorada de este hombre tan guapo y bien posicionado, estaba obsesionada con la vida de lujos que podría obtener. Cometió macabros asesinatos y extorsiones para lograr su objetivo, y en cada escena siempre dejaba pétalos o una rosa blanca teñida de rojo por la sangre de su víctima, dependiendo de la densidad del hecho. Por eso Martín siempre me trataba de psicópata y bueno... no era el único, incluso la prensa argumenta ciertos trastornos mentales por mis fantasías.

Cuando llegamos a la recepción en el hotel, me sentí extraña, fuera de lugar. Con lo primero que me tope fue con un cartel con la foto de una chica, se veía linda, aunque algo incómoda, la chica de la foto saludaba a todos con una sonrisa al entrar al salón.

- ¡¡Qué lindas fotos te hicieron!! Podrías arreglarte así más a menudo de verdad, así conseguirías un novio más interesante y menos idiota.

- Martín... por favor, te pedí que te comportaras. Además, tengo demasiado maquillaje, me es extraño verme a mí misma así.

Martín frunció el ceño, y se volvió a mirar el cartel embobado, como quien mira a su artista favorito, a su amor platónico... ¡Yo su amor platónico! Menuda estupidez.

- ¿Crees que, si les digo que soy el presidente de tu club de fans, me regalen un cartel?

¡Este tipo se volvió loco! – Pensé para mis adentros.

- No seas tonto, no tengo club de fans, ni quiero eso en mi casa... Además, para qué lo quieres tú – le espeté.

- Bueno, no lo llevaría a casa, si te molesta, quiero tener un recuerdo, sabes que no te volveré a ver así en un tiempo...

- Nunca más – le corté.

-Eso lo veremos – su voz sonó algo sombría, la compuso rápidamente - Y con respecto al club de Fans....

- Martín, no te atrevas... ni se te ocurra... - Lo veía venir, Martín me estuvo dando indirectas con respecto a ese tema, pero nunca creí que se

atrevería...

- Elena, no me mires así, por favor no te enojas conmigo, no lo pude evitar, además yo soy el presidente, mi club no te molestará, solamente... te pediré un favor a cambio...

- ¡¡AH NO!! Yo no te pedí un club de fans, no tengo por qué aceptar un chantaje, no te voy a hacer ningún favor a cambio de estar tranquila, ¡¡¡OLVIDALO!!!

- Pero Elena somos tu club oficial, no puedes dejar a tus lectores olvidados ahora que te está yendo bien.... Y únicamente....

- Únicamente nada Martín, olvídale...

Lo dejé parado al lado del cartel con cara de desilusión, pero lo conozco muy bien, sea lo que sea que quiera pedirme, no se va a rendir hasta conseguirlo.

¿Por qué se toma estas atribuciones?, no le corresponde, sabe que odio todo esto, solo quería publicar mi historia, no quería fama, aunque el dinero no me ha venido mal... pero me encanta pasar desapercibida por donde vaya. Un club de fans, ¡Qué tontería!

Sentía que iba a estallar de la rabia. Unos brazos me rodearon desde la espalda, y unos labios se posaron en mi cuello, erizándome los pelos de la nuca.

- ¿Por qué estás tan enfadada?, estás que echas chispas. – dijo con tono burlón al oído, lo que hizo que estremeciera y olvidara por un segundo el porqué de mi enojo.

- Martín... - comencé. Alex me tomo por los hombros y me giro hacia él, envolviéndome con sus brazos y presionándome contra su amplio pecho y apoyando su mejilla en mi cabeza.

- Que hizo ese.... – reprimió el insulto hacia Martín (supongo que por la advertencia que le hice a ambos) - ese muchacho ahora.... - dijo con impaciencia.

- Creó un club de fans para mí – dije indignada – Además él es el presidente.

Me miro sorprendido por un par de segundos y luego comenzó a reírse a carcajada abierta. Increíble, lo miré con los ojos como platos y la boca abierta.

- ¡Pero si es una idea genial! Yo ya lo había pensado, pero no estoy de acuerdo con que ese sea el presidente, no lo considero competente – dijo entre risas – aunque si se le ocurrió la idea es porque tiene un poco más de cerebro del que pensaba – terminó el comentario con cara de gran pensador y luego continuó riéndose haciendo caso omiso a mi enfado.

Me zafé de él en el instante que relajó los brazos. Lo fulminé con la mirada, le di la espalda y me dirigí a la otra parte del salón donde no había nadie que yo conociera.

Me quedé observando las opiniones sobre la crítica del libro para hacer algo y dejar de darle vueltas al disgusto que acababa de pasar.

Me encontraba parada frente a un gran ventanal, observando las luces en la noche oscura, extendiéndose ante mí. El reflejo en el ventanal me devolvió una mirada de tristeza con los ojos empañados. Existía un sentimiento de mal estar difícil de descifrar, sentía una presión en el pecho y unas ganas terribles de llorar. Sentía que nadie, en realidad, Alex y Martín, estaban ahí para celebrar conmigo. Alex no tenía ganas de ir por Martín, y Martín... A veces siento que soy un trofeo al que pretende exponer.

Un rostro conocido se acercó a saludarme con dos copas de champaña.

- ¡¡Felicidades por el éxito!! – me dijo con su sonrisa radiante que hace meses no veía. Me entregó una copa.

- ¡¡¡Roberto!!! ¿Qué haces aquí?

No pude evitar darle un abrazo, creo que lo necesitaba demasiado. Sorprendido, me devolvió el abrazo como pudo.

– Alex me dijo que tenías turno hoy, No... esperaba verte.

- Elena, no me podía perder esto por nada del mundo – Su comentario me desconcertó, hace mucho tiempo que está desconectado del mundo – Hay demasiada comida y buen trago gratis.

Claro, no podía ser de otra forma, pensé.

- Únicamente viniste a comer y beber, eres un desubicado – dije indignada – ¿Dejaste de trabajar por venir?

- Claro que no, Julio cubrirá mi turno hoy, hicimos un trueque, me pidió que trabajara mañana para poder salir el fin de semana con su familia, se va a la playa mañana temprano – comentó con una sonrisa pícaro.

- ¿Vas a trabajar un sábado, para dejar que Julio se vaya a la playa?
Ahora sí que te desconozco. – le dije con el ceño fruncido.

- ¡Ey! Por quién me tomas, no soy tan inhumano, ¿sabes?, además yo no tengo nada importante que hacer, en cambio, él... – su mirada se volvió triste de repente.

iiiQué tonta, como no lo pensé antes!!! Pude adivinar las palabras solamente con la expresión de su rostro: él tiene una familia con quienes compartir el fin de semana.

Anya, la esposa de Roberto, falleció hace seis meses. Fue una pesadilla. Un cáncer detectado tardíamente se la arrebató de los brazos a pesar de la lucha, después de dieciocho meses de matrimonio, no alcanzaron a tener hijos.

Roberto se convirtió en una persona más sombría desde la detección de la enfermedad y el deterioro de la salud de Anya. Dejó de compartir con sus amigos, dejó de sonreír, estuvo meses sin trabajar.

- Roberto, no te pongas así, lo siento mucho, yo... no quise.... Perdona.

- No. No te disculpes, no es culpa tuya, además ella estaría contenta, siempre me decía que debería tener más sentido del compañerismo – rio con amargura, e intento esconder su tristeza.

- ¿Sabes? Ella me pidió que no la llorara eternamente, y que buscara a esa mujer con quien ser feliz – Soltó una risita extraña, entre alegría y melancolía – Me amenazó diciendo que, si no encontraba a esa mujer, la realmente buena, vendría como fantasma a espantarlas una por una hasta que la encuentre. Mi Anya... era un chiste. – se quedó mirando un punto perdido con expresión de antaño.

- Y una gran mujer – agregue mirándole a la cara – Pero suena como que esa mujer ya apareció.

Levantó la vista y nuestros ojos se encontraron. No me había fijado en el lindo color de sus ojos. Me dedicó una sonrisa exuberante que de pronto me hizo sentir feliz.

- Eh ¿do... Dónde están Alex y Martín? – preguntó sosteniendo la mirada.

-Ni siquiera los nombres, no quiero ver a ninguno – contesté sin ser capaz de desviar la mirada de aquellos ojos intrigantes.

- Por cierto... sé que desde que Anya no está he sido un apatán a veces y que suelo molestarte como con lo de la comida y la bebida gratis, es que aún me cuesta lidiar con algunas cosas, pero, he de admitir que te ves

magníficamente hermosa esta noche...

- Gracias...- Fui incapaz de decirle algo más coherente... no sabía que sus ojos verdes fuesen tan hipnotizantes...

- ¡¡Elena!! – La voz de Alex rompió el hechizo, y la ira volvió a mí – Elena, lo siento, pero tengo que irme, pasó algo importante en la brigada, lo lamento...

Siempre lo mismo, ahí va de nuevo, ya me estoy cansando, siempre hay algo más importante que lo que esté haciendo conmigo. Es un fastidio.

- Está bien – suspiré – ya estoy acostumbrada a esta situación, siempre es lo mismo contigo – Dije con un dejo de sarcasmo y tristeza que se comprendió perfectamente.

- No te preocupes Alex, yo la llevaré a casa – Martín puso demasiado énfasis en la palabra yo. Ni siquiera me di cuenta cuándo y de dónde salió.

- No gracias, Martín, no te quiero ver en lo que me resta de vida – dije fríamente.

- ¿Quieres que te lleve a casa Elena? – Preguntó Roberto – Claro, si a ustedes no les importa – agregó rápidamente al ver la cara de disgusto de mis acompañantes.

- A ellos no les importa, nos vamos juntos – contesté antes que alguno digiera algo, tomando a Roberto del brazo y encaminándonos al bar.

- Tú también deberías ir a la brigada Roberto. – Comentó Alex con un tono algo autoritario, poniendo la mano sobre el hombro de Roberto antes de que este saliera de su alcance.

- Bien lo has dicho Alex, “debería”, por lo que no es obligación ir para mí – dijo en tono de juego, pero lanzando una mirada severa – Además Elena no se quiere ir con Martín, y no podemos dejar que se vaya sola a estas horas. Esperaré con ella a que acabe la recepción, la voy a dejar a su casa y me voy para allá en cuanto me asegure que esté bien.

- Está bien, hermano. Pero apresúrate, tenemos un nuevo caso y nada puede ser más importante... - contestó Alex manteniendo el tono duro y observando a su alrededor, como si fuera un error estar en este lugar.

- Bueno, nos vemos en un rato.

- Elena, no me había fijado de lo bien que te ves hoy... - me enfurecí ante

la insultante sorpresa de Alex.

- Alex... tú nunca te das cuenta de nada, es algo típico en ti, ¿sabías?

- ¡No tengo tiempo para pelear contigo... y ganas tampoco, pareces una niñita mimada y malcriada! ¿Cómo no te das cuenta de que hay cosas más importantes que tú? – me dedicó una mirada de severidad aplastante.

Nunca me había mirado así. Si su mirada hubiera sido un golpe, lo hubiese sentido en cada centímetro de mi cuerpo, una sensación extraña se depositó en mi estómago. Se dio la vuelta y dándome la espalda se marchó...

La cara de sorpresa de Roberto me confirmó que algo inusual ocurría, mientras que la cara de Martín reflejó una gran satisfacción que intentó disimular cuando se dio cuenta de que lo observaba.

- Te espero en la puerta en cuanto termine la recepción, podemos pasar a comprar algo para comer ¿dulce o salado? – me preguntó Martín como si los últimos minutos no hubieran existido.

- No me voy contigo a ningún lado, Roberto me llevará a casa. – espeté lo más claramente posible.

- Vamos Elena, no te comportes como una cría.

- Vamos nada, vete a la mierda –

Tomé a Roberto firme del brazo y lo obligué a acompañarme, Él en silencio solamente me siguió.

La recepción terminó a eso de las doce y treinta de la noche. Se llevó a cabo bastante tranquila, no tuve que hablar mucho lo que fue un alivio, me pongo muy nerviosa al hablar en público y generalmente se me traba la lengua, gracias a Dios eso no ocurrió hoy. Me entregaron un premio por la cantidad de ejemplares vendidos y una distinción por las buenas críticas, no es que me importen los premios, pero ¿a quién no le gustan? Aun así, en mi interior, no podía dejar de sentirme miserable.

Capítulo 5

V

Huésped

Íbamos camino a mi departamento, no hablamos durante el trayecto, el episodio con Alex me desconcertó y sumió en la tristeza, no entendí su reacción, ¿es que acaso ya no le importaba lo que yo sentía? Intenté sacar ese sentimiento que presionaba mi pecho, no quería explotar en llanto delante de su mejor amigo, por lo que no puse atención al camino. Roberto había mencionado algo, pero no entendí lo que dijo, solo asentí para no poner en evidencia mi distracción, cuando paró el auto repentinamente.

- Cómo lo aguantas, ¿¿no te deja ni siquiera un rato?? – no comprendí su repentina pregunta. - Martín lleva quince minutos siguiéndonos, ¿¿es que no te aburre?? – Agregó al ver mi cara de desconcierto.

- ¿Martín? Siguiéndome – dije sorprendida – No. Recuerda que vivimos juntos, debe realizar el mismo trayecto.... – Le dije con voz tranquila.

-Elena... ¿En qué mundo estás? – Puso los ojos en blanco – Por si no te das cuenta ni siquiera estamos en tu departamento, iboba! - Me dijo en tono burlón casi riendo.

-¡¡Qué!! ¿¿Y adónde vamos entonces??

- Hace un rato, te dije que pasaríamos por mi casa a recoger unas cosas que necesito, porque está al paso y así no tener que volver luego... ¿No te acuerdas? - Preguntó a punto de echarse a reír por la expresión de desconcierto de mi rostro.

- ¡Ah! Claro, lo siento es... Que... Estoy muy cansada.

- Ya veo – Me contestó con esa sonrisa, sabe que no es solamente eso – no te preocupes en unos momentos estarás en tu casa.

-No te preocupes, haz lo que tengas que hacer tranquilo. – reprimí un bostezo, pero él lo noto.

- ¿No quieres pasar a tomar un café mientras recojo mis cosas?, no te ofrezco un trago porque ya hemos bebido bastante, aunque si quieres beber más, te acompaño con un café. Pero tienes que subir, alguien tan guapa no se puede quedar en la calle sola a estas horas, ni siquiera en el

auto, sería peligroso.

- ¿Un café? No me vendría mal – sonreí.

- Vamos entonces, pero... tú lo preparas, iite queda mucho mejor que a mí!!

- Está bien – Puse los ojos en blanco y mi voz sonó resignada.

Mi relación con Roberto era extraña, a menudo discutíamos mucho, pero eran discusiones agradables, solíamos conversar bastante, éramos muy parecidos en algunas cosas. Siempre me hacía bromas, había tomado esta postura de no tomar nada en serio desde lo de Anya.

Yo nunca he sido de muchos amigos. Antes de Alex, Martín era mi amigo por excelencia, todo lo hacía con él. Y a estas alturas, después de la muerte de Anya, la relación con Alex me había absorbido a tal punto que únicamente quería pasar tiempo con él, pero como ya no era tan buena como antes, discutíamos a menudo y le molestaba que me relacionara tanto con sus compañeros, en especial con su amigo.

Martín, por su parte, estaba muy raro, la sensación de que escondía algo a veces se hacía tan fuerte que me incomodaba.

Roberto me animaba a tratar de solucionar mis problemas con Alex, pero cada vez era más difícil....

- ¿¿Cómo están las cosas con Alex??

- Dime tú, ya lo viste en la recepción. – Se quedó callado mirándome, como esperando a que continuara.

- Mmmm... hay cosas que ya no tolero, intento que no me afecte, pero no puedo hacer vista gorda. Hoy esperaba que fuese algo diferente, teníamos pensado pasar la noche fuera, pero ya viste... a veces siento que no significo nada para él... A demás tú sabes que siempre encuentra algo por qué molestar... y... hacerme sentir mal.

- No entiendo... tiene una gran mujer y no la valora, y... sinceramente, hoy te ves increíble, si yo fuese otro me arranco lejos contigo... no sería mala idea después de todo... - Me miró con cara de cómplice, esperando a que me volviera contra él para rebatirle o discutir como siempre, pero solo lo mire con tristeza.

- No eres el primero esta noche que me lo propone, ¿sabes? Martín me dijo algo parecido... mira el regalo que me hizo – me acerqué a Roberto

para que viera más de cerca mis nuevos accesorios.

- Deben de costar una fortuna. El niño rico sí que se las trae contigo.

- No seas tonto, es como un hermano para mí...

- Si claro.... Para ti será como un hermano, pero tú para él eres una mujer, y una muy hermosa... Vamos Elena, no pongas esa cara de incredulidad, me vas a decir que no lo has notado... te sigue donde vayas, te consiente en todo, vive pidiéndote que dejes a Alex, te regala joyas, te "pide" que te escapes con Él...

- No me pidió que me escape con él – le corté, para poder encontrar algo que rebatir en sus observaciones – me dijo que me...

- Elena, por favor, para el caso es lo mismo, te cuida como un padre celoso, pero no te quiere como hija... yo que tú, me entraría a preocupar, no me extrañaría que intentara llevarte lejos con alguna mentira...

- Basta, Roberto, Martín no es así, él no me haría daño...

- No. Tal vez no a ti directamente...

- ¿Por qué dices eso? – Le corté.

- Por nada Elena, mejor dejemos de hablar de ese indeseable...

En ese momento sonó mi celular, era Alex... Seguramente para controlar si ya estaba en casa...

- Hola, ¿Qué ocurre? – Pregunte desganada.

- ¿¿Ya estás en casa?? – Preguntó con ese tono de autoridad que detestaba, por sobre todo.

- No, pero llego en un momento solamente....

- ¡¡¡Ya sé que estás con Roberto en su departamento!!! – Me cortó de manera prepotente – No crees que no es adecuado, menos a estas horas, él está bebido y tú también... además te andas insinuando así, con esa ropa con la que andas vestida, porque supongo que aún estás vestida...

- ¡Qué demonios te pasa, Roberto es tu amigo y mío también...! ¿¿Qué quieres decir?? ¿¿Y cómo se supone que ando vestida?? ¡¿Qué estás insinuando, por Dios, Alex?! – Mi corazón comenzó a latir con fuerza.

- ¡Me importa un demonio que sea tu amigo! Te desea como cualquier otro, y tú te le insinúas con esa ropa, te vas sola con él a su

departamento a estas horas. Se suponía que te iría a dejar a tu casa, ¿qué debo pensar?

- Eres un imbécil, ¿y cómo sabes que estoy aquí? ¿Me seguiste o mandaste a alguno de tus patrulleros como la última vez?

- No. No es eso, solo que Martín...

- ¡Martín qué! ¿¿Él te llamó?? – la rabia se desbordó.

No se escuchó nada, se había quedado callado.

- ¡No puedo creer esto Alex!, ¿Y qué te dijo?, que nos vio juntos yendo a casa de Roberto, que nos vio entrar y qué más, ¡porque eso fue lo que vio el muy imbécil que se atrevió a seguirme! – Exploté.

- Elena...

- ¡¡NO ALEX!! Elena nada, los dos son un par de idiotas, tú celándome como si yo fuese de tu propiedad y él siguiéndome y decidiendo por mí, como si le perteneciera también, ya me tienen harta los dos, ¡no quiero saber nada de ambos en bastante tiempo!!!

- PERO ELENA! ¿¿¿no consideras que estás exagerando???

- ¡¡NO!! Me estás tratando como una cualquiera. Sabes muy bien que no exagero, no quiero que me llames, ni que vuelvas a buscarme, te amo, pero eso no te da derecho a tratarme así, si desconfías de mí así, esto no funciona. En cuanto a Martín...

- Qué vas a hacer, si vives con Él... Porque al parecer lo prefieres a él, ¿verdad? Él pude llenarte de lujos y regalarte joyas, yo no verdad, ¡yo no tengo tanto dinero! – El corazón me dio un vuelco doloroso y se me hizo un nudo en el estómago.

- Alex, como puedes ser tan ciego – dije con una pena y rabia desbordada. Con lágrimas en los ojos. Agradecí no tenerlo en frente, sino, lo hubiese abofeteado.

– ¡Yo me haré cargo de eso! – Cerré mi teléfono con fuerza, comencé a temblar...

Unos brazos fuertes me rodearon desde la espalda, mis lágrimas se desbordaron, los brazos me dieron la vuelta y me encontré con aquellos ojos profundos y cariñosos que me envolvieron.

Okay, los planetas se alinearon.

Elena estaba conmigo en mi auto, su aroma lo invadía todo. Estaba sufriendo por lo ocurrido en la recepción, quería consolarla, abrazarla y decirle que todo iba a estar bien.

Sé que Alex lleva comportándose como un miserable con ella hace mucho tiempo, a veces siento que lo hace de forma intencional, pero ¿por qué? Aun así, no puedo interferir.

Era tarde, así que la invité a tomar un café. Subió conmigo al departamento, no era primera vez. Lleva dos años de novia con mi mejor amigo... un calvario.

Charlábamos cuando recibió aquella llamada de Alex.

Juro que intenté no escuchar, hasta que mi nombre apareció. Discutían porque ella seguía conmigo.

Me fui a mi habitación para darle privacidad, pero dudo que ella siquiera lo notara. La sentía murmurar, enfadada, quería saber qué estaba pasando. Ella estaba realmente molesta.

No entendía y ya no lo toleraba, era un completo estúpido. Quería ir a romperle la cara a este imbécil al que llamaba amigo. Pero aquí estaba queriendo hacer arder el mundo al ver sufrir a esta mujer que ni siquiera me miraba. Una mujer para la cual no existo. No como yo quisiera al menos.

“¡No, Me estás tratando como a una cualquiera!”

La escuché gritar. Quise correr a su lado, ¡oh Alex, eres un infeliz! Me sentía como un león enjaulado, paseando de un lado a otro. Los segundos eran eternos, sentía que llevaba horas en mi habitación, entonces me asome porque ya casi no la escuchaba.

“Yo me haré cargo de eso”

Cerró su teléfono, furiosa.

La vi llorar, tan triste e indefensa, y no pude contener el impulso de abrazarla, temblaba y mi corazón temblaba con ella.

Le ofrecí asilo, que otra cosa podía hacer.

La miré a aquellos ojos llenos de dolor, quería besarla, envolverla en mis brazos, entregarle calma. Desaparecer su dolor.

-De verdad harías eso por mí? - Me preguntó

Por ti daría hasta la vida, pensé.

- Claro, me haría bien un poco de compañía. Y eres un alma desvalida en este momento, ¡necesitas un salvador! Jajaja – bromeé para relajarla – Sir Robert está aquí, mi corcel espera mi bella dama, vamos a recuperar vuestras cosas.

- Estás demente – contestó con una leve sonrisa, sus ojos brillaron por un segundo. Y me sentí feliz por ello.

Me encontraba haciendo maletas, hace media hora que había tenido esa horrible discusión, ¿había sido un sueño?, no, no podía ser un sueño, si lo fuera no estaría recogiendo mis cosas más necesarias y marchándome de mi propia casa.

- No tienes por qué hacer esto... no era mi intención.... Lo... Lo siento de verdad.

La cara de Martín reflejaba pesar y profunda tristeza, pero mi enojo era demasiado, y no me permitió más que dedicarle una mirada llena de reproche.

- Elena, por favor...

- En mi cuarto deje tus regalos, son preciosos, pero no puedo aceptarlos, y deberías celebrar, has logrado separarme de Alex...

- Elena, por favor, no me dejes...

Fue lo último que escuché mientras cerraba la puerta detrás de mí.

Bajé por el ascensor con mis maletas, ni siquiera fui capaz de cambiarme ropa, me dediqué a guardar mis cosas lo más rápido posible.

Roberto me esperaba en el hall del edificio, tomó mis maletas en cuanto aparecí en el vestíbulo y me miró inquieto.

- Vámonos de aquí - dije mirando al frente con profundo pesar, pero con una seguridad en la voz que incluso yo desconocí.

Nos metimos a su coche y nos alejamos del que, hace unas cuantas horas, había sido mi hogar.

- Elena, ¿Estás segura de esto? – Dijo Roberto después de un rato.

Le dediqué una mirada rápida, para que no notara la tristeza que me embargaba, pero lo descubrió. Paró el auto a un costado de la calle, me dedicó una mirada cariñosa y de verdadera preocupación, luego con mano vacilante acarició la parte trasera de mi cabeza. El contacto fue muy cálido, luego puso su mano en mi hombro, y con sumo cuidado me empujó hacia su pecho.

- Tranquila, cariño, estoy aquí... Aunque Alex me mate cuando se entere... puedes contar conmigo, sabes que estoy aquí – La voz de Roberto sonó en el abrazador silencio calmando la tristeza y apaciguando la furia.

- Gracias... - Dije en un susurro, con mi mejilla pegada contra su pecho – Roberto... no quiero que le digas a Alex donde pasaré la noche, no quiero más problemas por hoy.

- Como tú quieras, pero no creo que lo puedas ocultar por mucho tiempo. Quizás sería mejor que lo supiera, nos ahorraríamos un buen lío.

- Mmmm... pienso que tienes razón, conociéndolo, es mejor que lo sepa...

- Dije pensativa, Alex reaccionaba muy mal ante situaciones que no comparte, supondría para él algo imperdonable, sobre todo si duda de su amigo.

- Bien, en ese caso, se lo diré ahora que vuelva al trabajo, lo peor que podría pasar es que termine con un ojo morado o el labio partido... - su voz estaba tranquila, cuando levanté la cabeza para mirarle, esbozaba una gran sonrisa que me llenó de alegría.

- Gracias... otra vez...- Dije también con una sonrisa.

- No hay de qué - Me presionó contra su pecho una vez más y luego se separó de mí suavemente - Vamos a casa ya es muy tarde, debes descansar un poco.

Eran casi las tres quince de la madrugada, la recepción quedo atrás en el tiempo, como si se hubiese llevado a cabo hace días.

Llegamos a su departamento. Se empeñó en llevar las maletas de una sola vez. De vez en cuando bromeaba con respecto al peso, preguntándome si realmente había empacado solamente lo necesario. Me hizo reír mucho, por lo que logré relajarme después de todo lo que

ocurrió.

- Bien... es todo tuyo... - Dijo cuando abrió la puerta y me dejó entrar. Su departamento no me había parecido nunca tan acogedor.

- Bueno, si tienes hambre, ya conoces la cocina, no hay mucho donde escoger, pero si lo necesitas, algo te servirá. Te prepararé una tina con agua bien caliente para que te relajés, mientras puedes sacar algunas de tus cosas... - Dijo con una gran sonrisa.

- Roberto, eso es innecesario, de verdad puedo hacerlo yo, grac....

- No, nada de eso, déjame que te atienda unos minutos, eres mi huésped, en un rato tendré que ir a trabajar y te dejaré sola, me aseguraré de que estés cómoda antes de irme... Acomoda tus cosas en el cuarto que está al lado del mío - Me cortó, me sonrió de una manera con la que no pude luchar.

Arrastré las maletas hasta un cuarto rectangular muy espacioso, con un gran ventanal que daba hacia el este, cubierto por una delicada cortina de seda blanca. Los muros eran de color damasco, había una cama de plaza y media con cuatro cojines, una mesa de noche con una lámpara muy bonita, un closet amplio, un escritorio con su respectiva silla, y un sillón orientado hacia el ventanal. Todo estaba adornado de manera muy delicada, quizás Anya tenía la intención que en esa habitación durmiera su tan ansiada hija, quien nunca llegó.

- Elena, la tina está lista, deje una bata y toallas en la encimera...- La voz de Roberto me sacó de mi ensimismamiento.

- Gracias Roberto, pero de verdad no tienes por qué molestarme....

- No es una molestia, de verdad, a Anya le encantaba que le preparara la tina cuando estaba agotada, y creo que te mereces un relajó, vamos... - Me interrumpió y con una sonrisa me invitó a salir del cuarto.

Cuando entré al cuarto de baño, me sorprendí. ¡¡Cómo un hombre puede ser capaz de esto!!!

Tal vez en algún momento me pude imaginar algo así de un hombre más... no sé... ¿Sensible?, pero nunca de Roberto. Era tan inusual su extrema amabilidad que me hizo pensar en si lo conocía realmente, quizás el dolor de la pérdida lo habían endurecido más de lo que creí, nunca me había detenido a pensarlo.

El baño logró su prometido, logré relajarme y olvidar por completo lo ocurrido esa noche, Alex y Martín podían irse a joder a otra parte por hoy.

Cuando pude salir al fin del baño, Roberto me esperaba con una sopa caliente en un tazón, me senté junto al él en el sofá, bebí la sopa a grandes sorbos, estaba muy sabrosa.

- Está bien, respira y relájate - Me dije mirándome en el espejo. Di un par de vueltas en el baño. - ya concéntrate, pareces un puto quinceañero.

Di el agua caliente en la tina y esperé a que tomara temperatura. Entonces abrí aquel cajón que llevaba meses ignorando. Saqué aquella caja de ratán y el aroma inundó la habitación. Saqué las sales, la espuma y los cirios. Y una lágrima rebelde se resbaló por mi mejilla.

Dejé caer las sales y la espuma en la bañera, distribuí y encendí los cirios mientras una capa de espuma cubría el agua caliente. El toque final... un poco de música relajante.

- Anya, por favor perdóname. - me sequé las lágrimas y fui por ella.

- Elena, la tina está lista, deje una bata y toallas en la encimera...- recobró la compostura al oírme. Pagaría por saber qué pasa por su cabeza.

- Gracias Roberto, pero de verdad no tienes por qué molestarte....

-No es una molestia, de verdad, a Anya le encantaba que le preparara la tina cuando estaba agotada, y creo que te mereces un relajo, vamos... - no pude hacer más que dedicarle una sonrisa boba.

Me fui a la cocina en cuanto entré al baño. Jamás he sido un buen cocinero, de hecho, soy pésimo y no es que no lo haya intentado... cuando Anya ya no podía hacer nada, pedíamos comida a domicilio, el cáncer ya era demasiado como para torturarla con mi comida. Pero quizás una sopa instantánea preparada con cariño podría bastar para esta larga noche.

Cuando terminé, y no es que me haya tardado tanto, me fui al sofá con dos tazones a esperarla. A los pocos minutos salió vestida con pijama y el pelo mojado. Verla en esta situación tan cotidiana, tan natural en mi casa, era irreal. Sentí mi piel erizada y unas cosquillas en el estómago. Se sentó a mi lado, muy cerca... demasiado cerca. Le entregué un tazón del que bebí de inmediato.

- ¿Qué tal estuvo tu baño? - Pregunté impaciente... oh, vamos Roberto, contrólate.

- Únicamente una palabra... exquisito – Sonreí feliz - ya deberías irte, te deben estar esperando...

Había olvidado el trabajo, pero no quería salir de ese lugar. Se sentía tan bien. Tan cómodo. Tan familiar.

- No, quiero que tú estés cómoda, además hoy no debería ir, si lo hago es porque no quiero perderme nada sobre este caso...

- ¿Tienen alguna pista?

- No mucho, esta semana ha habido tres casos, pero al parecer hay más de un culpable. Por los archivos y declaraciones, hay una banda de tres tipos que asaltan y golpean mujeres, pero hay un caso que se está repitiendo por lo menos una vez por semana, donde solo un hombre aborda, tortura y golpea a mujeres, pero no les quita sus pertenencias, solamente las golpea. El problema es que cada vez se está volviendo más violento en sus ataques...

Comencé a sentir el peso de su cuerpo a mi lado, era obvio que se estaba quedando dormida. Esperé un rato, mirando en todas direcciones, en silencio, como un chiquillo idiota, me sentía idiota. Después de un rato la tomé en mis brazos, era tan liviana. Sentí su respiración en mi cuello. Mierda, no quiero dejarla. La llevé a mi cuarto y la dejé en mi cama y rogué al cielo que esa imagen se volviera tan natural como verla salir en pijama del baño.

Cuando desperté a la mañana siguiente, me encontraba envuelta en sábanas blancas, cubierta por un enorme plumón de plumas en el mismo color blanco como la nieve. Estaba impregnado de un olor exquisito que me hizo sentir algo extraño en el estómago, sin duda me encontraba en la cama de Roberto. Me sentía tan protegida y cómoda en ese lugar, que tuve que luchar durante unos minutos para poder levantarme. Cuando lo logré me dirigí al comedor.

En el refrigerador había una nota:

Anoche te dormiste mientras te hablaba, te acosté en mi cama, se me había olvidado que tu cama no está preparada, pero la dejé lista antes de irme, ya sabes, estás en tu casa, nos vemos a la hora de almuerzo...
Besos, Roberto.

Capítulo 6

VI

Tiempo

-Alex, por favor mírame, no quise causar problemas entre ustedes...

- ¡No Roberto! No. Tú no causaste problemas. ¡Es ella!... ¡Soy yo! Estoy comportándome como un imbécil. La voy a perder y no puedo hacer nada.

Estaba muy extraño, no lo veía así desde que era un crío, desde que me hablaba de los problemas que vivía en casa con su padre. Lo conozco, le teme a algo, pero ¿a qué?

- Vamos amigo, Elena tiene su carácter, está enojada, pero si tú dejas de comportarte como un maldito cabrón estúpido pueden arreglar las cosas, solo dale su espacio.

- ¿No lo entiendes verdad? Esto se fue a la mierda. Ella está con ese bastardo, se la va a llevar. Tarde o temprano la voy a perder – estaba realmente acongojado.

-Ella no está con Martín... Está conmigo – dije esperando el huracán Martínez.

- ¿Qué? ¿Cómo que está contigo? ¡Maldita sea!

- Anoche estaba muy mal y no sabía que más hacer, fuiste un verdadero hijo de puta con ella, ¡maldición!! ¿Qué querías que hiciera, que la dejara con él? Tengo un cuarto desocupado. La invité a quedarse y fuimos a buscar sus cosas... - Su rostro se crispó – Se quedará conmigo un tiempo, hasta que encuentre un lugar.

- Mírame, maldito carbón – me tomó del suéter y me acercó a sus ojos iracundos apuntándome con uno de sus dedos. – Esto no tenía que resultar así. La vas a cuidar. La vas a cuidar con tu vida porque ambos sabemos que entre tú y yo el único que tiene las pelotas para hacerlo eres tú, ¿me entiendes?

- ¿Alex, qué mierda te está pasando?

- Eres un buen detective amigo, averígualo. Y ni una sola palabra de esto a Elena. Júramelo Roberto, júramelo por todos estos años de hermandad...

Guardé silencio por unos segundos. Suspiré. – Te lo juro – entonces me soltó y me dio una palmada en el hombro.

- Ahora vamos a trabajar, tenemos mucho que hacer... - dijo recobrando por completo la compostura.

- Alex, ¿qué va a pasar con Elena? – Necesitaba hablar con mi amigo.

- Ella está viviendo contigo ahora, es tu asunto... Yo, ya la perdí. – dio por terminada la conversación con una sonrisa cargada de tristeza.

Me cuesta trabajo decantar mi nueva posición, en un par de horas todo cambió. Ahora estoy soltera, sin casa, sin trabajo, sin mejor amigo. Sé que mi vida no era perfecta, pero era relativamente feliz o pensé que lo era, pero me ahora me doy cuenta de que no es así.

Todo se fue al carajo, supuse que mi vida era algo estable, asentada. Mi castillo de cartas se derrumbó. Ya nada volvería a ser lo mismo.

Es increíble lo acostumbrada que estaba a Alex y Martín y como, sin darme cuenta, mi vida giraba en torno a ellos. También es increíble como el hombre que amaba pasó de ser el príncipe de mis sueños a ser el tirano de mis pesadillas.

Aunque las cosas podrían ser mucho peores, tengo las regalías de mi libro, por lo que tengo cierta independencia económica, Roberto me está ayudando, tengo un lugar cómodo y seguro donde vivir y una excelente compañía.

Hablando de la compañía, llegaría al departamento en cosa de una hora, por lo que le preparé un almuerzo rápido.

Cuando Roberto llegó, estaba preparando la mesa, había ordenado un poco – ¡¡¡por qué los hombres son tan desordenados!!! – pero no le comenté, no quería hacerlo sentir incómodo en su propia casa. Estaba vuelta hacia la cocina cuando llegó.

- Buenas tardes, Señorita, ¿qué tal su primer día? – pregunto a mis espaldas.

- Ha sido una mañana muy movida – contesté con una risita, pero no me volví mirarlo, estaba concentrada en no cortarme con el cuchillo, que más

que cuchillo, parecía un machete.

- ¿Sabes?, esto se ve más ordenado de costumbre... – dijo, pude sentir una amplia sonrisa en sus labios – incluso el aroma que viene de la cocina es mejor...

Me di vuelta para mirarlo y devolverle la sonrisa, pero me quedé pasmada con media sonrisa en la cara.

Nunca me había fijado más detenidamente en él, siempre lo había visto con uniforme, o cuando vestía de civil, simplemente no le prestaba atención. Mi relación con Alex me había vuelto ciega para mirar a cualquier hombre que no fuera él. Pero Roberto estaba distinto a mis ojos ahora que Alex ya no estaba, no me había fijado en lo alto que era.

No iba de uniforme. Llevaba un par jeans azul oscuro, y una camisa blanca ajustada, con las mangas dobladas casi hasta los codos. Sobre sus hombros llevaba un suéter gris, las mangas de este, amarradas a la altura de su pecho, no disimulaban para nada lo ancho de su torso. Y estaba despeinado, como si se hubiese estado tomando la cabeza a dos manos durante un largo periodo, pero se veía sumamente guapo... ¿Se veía guapo? Qué me pasa... es Roberto... ¡En qué estoy pensando!

Obviamente, disimulé ante él, mi reacción fue común, como quien ve a un amigo de años.

- ¿Qué tal te fue hoy? – pregunté de manera indiferente.

- Bastante bien, podría haber sido peor... - contestó con un dejo de peso en la voz, se sentó en un banco junto a la barra de la cocina - Creí que iba a golpearme... vi la descarga de ira en su rostro... pero se limitó a asentir con la cabeza, se dio vuelta y volvimos al trabajo.

Desvió la mirada, sé que está triste. Di la vuelta a la barra y me puse a su lado.

La Luz natural del gran ventanal, arrancaba suaves destellos de las múltiples canas entre su cabello castaño claro y pude ver una barba insipiente... suspiré para mis adentros. Muy vacilante puse mi mano en su espalda...

-Lo siento, no era mi intención que te pelearas con Alex, son amigos hace tanto.... – comencé una disculpa.

Se levantó ante mi contacto, y se movió por la habitación, una estancia pequeña con cocina americana con barra y living comedor.

- ¿Hice algo mal? – pregunté con timidez.

- ¿Qué? Nooo – dijo con soltura. Se pasó las manos por el cabello. – Es que te estoy mintiendo y lo odio, pero Alex me hizo jurar que no te diría nada.

Crucé los brazos a la altura del pecho, me estaba sintiendo un poco enfadada, pero en su rostro había un pesar real. Me acerqué a él... ¡Dios!, sí que era alto. Tomé una de sus manos entre las mías y no rehuyó de mí. Suspiré.

- Entiendo. Cuéntame lo que puedas. – le sonreí, y pude ver alivio en sus ojos.

- Algo está pasando Elena. Y no logro descifrar que es. Debo investigar, pero te juro que en cuanto lo sepa, te lo diré. Por lo pronto, Alex marcó su distancia.

Puso su otra mano sobre la mía por un momento, luego me llevó suavemente hasta su pecho rodeándome con sus brazos y apoyó sus labios en mi coronilla para darme un suave beso.

- Juro, que lo último que quiero hacer en la vida es mentirte, voy a llegar al fondo de esto. – dijo casi en un susurro.

Se sintió tan bien, tan cómodo. Como si nada malo pudiera pasar jamás. Me sentí protegida y quise extender ese momento. Pero una chispa estalló en mí y me hizo separarme de un brinco.

Quise quedarme en ese lugar y memorizar el aroma de su cabello, pero de repente saltó fuera de mi abrazo, como quien se separa de algo que rechaza.

- Okay, sirvamos el almuerzo, la comida se enfría. – dijo con una sonrisa extraña apuntando con sus manos hacia la barra.

Vamos Roberto, contrólate, no la cagues, la pones incómoda.

- ¿Sabes? Creo que ayer te veías más alta, dime, ¿Te encogiste mientras dormías? – un paño de platos voló directo a mi cara.

- Yo no tengo la culpa de que tú seas un gigante, ¿Qué? ¿Acaso Gloria te

daba hormonas en vez de leche materna? – preguntó con sonrisa pícara.

- ¡Con mi santa madre no te metas! – reímos como dos críos mientras colocábamos los platos y servicios.

Hablamos de la comida y de lo urgente que era pasar por el supermercado. Me disculpé por mi despensa vacía, es que desde que Anya no está, no cocino en el departamento, no tengo la necesidad, así que como fuera o compro comida para llevar.

- De verdad, siento mucho que Alex se alejara... - soltó de repente.

- No te preocupes, además, no he sido el único que ha perdido un amigo...
- la interrumpí, antes que su sentimiento de culpa hiciera estragos en la velada.

- No seas tonta... - le guiñé un ojo.

- ¡Cómo qué tonta! – saltó indignada.

- Lo siento... controla tu carácter, ino me gruñas! – reí divertido.

- ¡Yo gruñona! – exclamó, se preparaba para rebatir. Pero me acerqué y puse un dedo cerca de sus labios sin tocarlos.

- Me refería a que no te sientas mal, tenemos más amigos.... Yo te tengo ahora a ti y tú... Me tienes a mí.

Roberto ¿otra vez? Estás buscando que salga corriendo de aquí. Me preparé para su rechazo, pero en vez de eso me miro a los ojos y me regalo una enorme sonrisa.

Me sentía muy cómoda cuando estaba con Roberto, nos complementábamos bastante bien, sentía una paz interior, además se la pasaba diciendo cosas con las que discutíamos y luego terminábamos riendo.

Las semanas fueron transcurriendo de manera sorprendentemente rápido, llevaba más de un mes viviendo con él. Estaba buscando un departamento para mudarme a vivir sola, pero me gustaba mucho la compañía de este nuevo amigo.

En serio nos llevábamos muy bien, y nos habíamos acostumbrado rápidamente a vivir juntos, era sorprendentemente fácil.

Martín me había ido a buscar en más de una ocasión, pidiéndome que volviera al departamento, pero cada vez se llevaba una negativa por respuesta. Ya no me sentía tan furiosa con él, pero no quería que volviéramos a vivir juntos.

Alex, por su parte, tomó muy en serio mi petición de alejamiento, no me había buscado, lo poco que él sabía de mí o yo de él, era a través de Roberto. Por lo general yo no preguntaba por él, pero estaba muy interesada en el caso de las mujeres que eran golpeadas.

Roberto, a diferencia de Alex, me mantenía informada de todo lo que era conveniente que supiera. Se preocupaba mucho por mí, incluso llevaba días queriendo enseñarme algo de autodefensa.

- Es que en serio no me interesa saber golpear a alguien...

- Es que en serio no me interesa que no te interese, necesito que aprendas a golpear a alguien...

- Roberto, te has mirado en un espejo últimamente? Mira tus brazos, mira los míos... ¿Crees que podría practicar autodefensa contigo? ¿En serio?

- Vamos Elena, no estoy tan grande... - dijo con una sonrisa de autosuficiencia.

- Deberías dejar los esteroides...

- Sabes que no consumo esas mierdas...

Suspiré, obviamente no las usa. Okay Roberto, tú lo pediste.

- Está bien, hablemos de esto, somos amigos y te aprecio, dejando esto en claro... ¿Recuerdas cuándo te pusiste "grande"?

Dio vuelta los ojos suspirando, como lo hace un niño cuando su madre lo regaña.

- ¡Lo sabía!

- Elena, no es para tanto – protestó, rindiéndose como un niño travieso.

- Roberto, te conozco hace más de dos años y puede que estuviéramos distanciados un tiempo, pero... somos amigos. Cuando Anya murió, pasabas días completos en el gimnasio y comías como una bestia.

- Lo sé, fue mi forma de lidiar con la pérdida y el duelo y el estrés que eso me generaba. – respondió como chiquillo regañado. – Fue lo que dijo mi

terapeuta.

- Eso entre otras formas. Te volviste un tanto duro y sarcástico con la gente que te rodeaba, dejaste de sonreír con la frecuencia de antes y está bien. Pero te estabas recuperando de aquello, ¿Qué está pasando contigo ahora?

- Pero si ahora sonrió más y he dejado de ser un amargado – dijo con una exuberante sonrisa – Y ... no voy al gimnasio...

- Pero volviste a comer como una bestia, lo sé porque yo cocino y por la cantidad exuberante de envoltorios de barras de proteína que saqué de la cocina el otro día. Pusiste una barra sobre la puerta del baño y ... - me detuve, me miraba fijamente... - te he visto, haciendo abdominales y flexiones como un maniático a las cuatro de la mañana... más de una vez... muchas veces... todas las noches, las últimas tres semanas.

- Hablemos de otra cosa – dijo fingiendo una sonrisa que no llegó a sus ojos.

- Eso es evasión...

- ¡Por supuesto!, Uno la usa cuando no quiere hablar de un tema... hablemos del caso.

Me acerqué a él, estaba sentado en el sillón inclinado hacia adelante con una barra de proteínas en la mano.

- Solamente estoy preocupada y quiero saber si vas a estar bien o debo llamar a tu mamá...

Soltó una de esas carcajadas encantadoras.

- Estaré bien... no me había dado cuenta... He estado un poco estresado... Gracias por esto... y no llames a mi mami...

Ambos reímos por un rato y tonteamos con eso.

- ¿Me vas a contar que te tiene tan estresado?

- En algún momento...

- ¿No quieres hablar de ello? – negó con la cabeza, suspiré – Háblame de la investigación entonces...

- Por ahora solo apoyamos la investigación, mientras no muera nadie no

podemos tomar cartas en el asunto... – me comentó.

El número de mujeres golpeadas había subido mucho, en las últimas tres semanas “el maldito” como lo llamaba Roberto, parecía estar pasando por un cuadro de crisis, por lo que cada vez golpeaba más y también de manera más brutal.

Pero la noticia causó histeria colectiva entre las mujeres cuando se dio a conocer a la primera víctima fatal, una mujer de veintiocho años, quien no soportó la brutal golpiza y falleció mientras era trasladada al hospital.

Ahora la brigada de homicidios entró en pleno y tomó las riendas de la investigación. Roberto entraba y salía de casa, sé que era porque yo estaba ahí, de no ser así, estoy segura de que no saldría de la oficina.

No había pistas nuevas con respecto al nuevo asesino, la policía estaba de cabeza intentando encontrar algo que los condujera por el camino indicado.

Todo se complicó cuando menos de una semana más tarde encontraron el cuerpo de la segunda víctima fatal, pero esta vez el asesino la golpeo hasta estar completamente seguro que la joven había muerto.

Esa tarde Roberto volvió preocupado a casa. Algo debía decirme, por la manera en la que me miraba, su mirada era como de aquella vez, cuando Alex le hizo jurar que no me diría nada.

- Elena... tengo algo muy importante que hablar... se trata de nuestro asesino...

- ¿Nuestro? ¿Qué tiene que ver conmigo...? - me sorprendió lo serio que se puso cuando me indicó el tema de conversación, siempre hacíamos especulaciones al respecto y nos reíamos con nuestras ocurrencias.

-Elena, el asesino dejó una señal en la escena del crimen que hace que la policía te vincule directamente...

- ¡¿Qué?! ...

- El tipo dejó... una rosa blanca, cubierta con la sangre de la víctima, los chicos que han leído tu crónica lo identificaron, Alex se puso como loco cuando los escuchó, el jefe le dijo que si no se calmaba sería relevado del caso.

Estaba atónita, ni siquiera podía pensar en decir algo, mis fantasías me habían convertido en sospechosa de un crimen.

- Los chicos vendrán a interrogarte en media hora, me pidieron que te pusiera al tanto... Vamos Elena, dime algo... reacciona...

- Qué quieres que te diga Roberto. Me están involucrando en un crimen, y no de cualquiera... de a – se – si – na – to... entiendes eso, solamente escribí una fantasía nada más... sabes que yo sería incapaz de hacer algo así.

- De idearlo, desarrollarlo, escribirlo y publicarlo... sí.

- ¡Roberto!... ¿y si voy a la cárcel?...

- Eso no pasará – dijo de forma determinante, como si pasara por él la decisión de mi encierro – No lo permitiré, además tú no matarías a una mosca.... Eres muy debilucha. – solté una risita nerviosa.

Sonó el timbre y me sobresalté.

- Llegar antes de la hora programada es de mala educación cuando vas de visita.

- A veces los policías no somos muy educados, cálmate, yo abro.

Roberto se dirigió a la puerta. Apenas y había abierto cuando Martín ingresó al cuarto hecho un huracán empujando a mi compañero de piso.

- ¡Eyi... ¿Qué formas son estas de irrumpir, no eres bienvenido aquí, ¿sabías?

Martín lo ignoró por completo.

- Elena... - se acercó casi corriendo a mí y me abrazó, luego me tomo de la mano y me llevo hasta el sillón donde tomó asiento – supe lo que pasó. Sabes que puedes contar conmigo, yo te ayudaré, vamos, has tus maletas y vámonos de aquí ahora, no dejaré que te encierren.

Me quedé callada por unos segundos asimilando lo que me decía Martín. Al fin puede ordenar parcialmente mis ideas.

- Martín, no me voy a escapar a ningún lado, cuando eres sospechoso de un crimen y te escapas es peor, ¿sabías eso?

- Pero necesitas protección, yo te la puedo dar, vámonos ahora.

- Yo no pienso irme contigo a ningún lado Martín, mis amigos son policías, pueden protegerme si así lo necesito, déjame en paz.

- Ellos no podrán protegerte cuando él venga por ti. Mire a Roberto en busca de apoyo, él comprendió mi mirada.
- Nadie va a venir por Elena, no seas paranoico...
- Tú no te metas en esto, no lo conocen, no saben lo que puede hacer...
- ¿Y tú lo conoces acaso?, porque si es así debes denunciarlo o te convertirás en un cómplice. – lo cortó Roberto.

Martín lo miró con un odio profundo.

- Me voy por ahora, pero recuerda Elena, tú estás menos segura que cualquier otra mujer del mundo. Él vendrá por ti y nadie podrá protegerte, ni siquiera tus amigos policías. Solamente estarás a salvo conmigo.

Rápidamente, se puso de pie y salió de la habitación dando un portazo tras de sí.

- Okay... Ahora sí estoy asustada.
- Esto no me gusta nada...

Roberto estaba aún más serio, lo que hizo que me asustara más aún. Volvió a sonar el timbre, y ambos nos sobresaltáramos. Roberto se acercó cautelosamente a la puerta y pregunto quién era.

- Detective Martínez de la brigada de homicidios.

Por primera vez en más de un mes volví a ver a Alex, iba de uniforme y acompañado por otros dos detectives.

Me saludó de manera cordial, pero siempre manteniendo la distancia.

Roberto me ayudo a contarle a los otros detectives lo de la crónica que escribí. Les describí a la protagonista psicópata de mis fantasías. Pero cuando mencioné la visita de Martín, a Alex se le crispó el rostro, se puso pálido y dirigió a Roberto sus ojos preocupados.

- Riquelme, te delego a ti la protección de la señorita Elena como testigo, te enviaré una orden durante la tarde... por ahora nos vamos... ¡Ah! Y otra cosa, enséñele algo de defensa personal.

- Si, Señor – afirmó Roberto tras recibir la orden directa me miró con triunfo en los ojos y una enorme sonrisa

- ¡Oh por Dios!

Los detectives salieron a toda prisa del departamento. Antes de marcharse, Alex me lanzó una mirada que no pude comprender: miedo, angustia, cariño, compasión, ¿amor?

- Okay, esto es una orden directa y tengo que cumplirla. – pero esta mujer no se movía. – Vamos Elena, son únicamente algunos movimientos básicos, para que te puedas defender, por favor. – La miré con ojos suplicantes.

- ¿Por qué tienes que ser tan insistente?...

Por dios, qué mujer más terca, está bien, tendré que cambiar de táctica.

- Un poco de seguridad no le viene mal a nadie, si me dices que si.... – Me acerqué a ella y tomé su mano con suavidad, bajé el volumen de la voz, y con la otra mano acaricié su rostro – por favor, hazlo por mí, no soportaría que algo te pasará... - Susurré en su oído. Besé su frente – Ve a cambiarte, ponte algo cómodo, no te lastimaré... demasiado.

- ¿Sabías que el consentimiento bajo coerción es abuso? – Puse los ojos en blanco...

- Lo sé, pero estoy tratando de protegerte de un asesino, no creo que eso cuente como abuso, ahora mueve ese lindo trasero tuyo a tu cuarto y cambiarte de una vez ¿o tengo que hacerlo yo?

- Está bien – dijo sin reparos, se dio la vuelta y se fue a su habitación.

No pude evitar reír de frustración. Me va a volver loco.

Fui a mi habitación a cambiarme también, una polera y un chándal basta. Volví a la sala a correr unos cuantos muebles, esto va a ser difícil. En eso salió de su cuarto con el cabello tomado en una cola y su ropa deportiva ceñida al cuerpo. Esto sí que va a ser difícil, muy difícil. Y después pregunta qué me tiene tan estresado como para hacer flexiones a las cuatro de la mañana... es como cuando encuentro su ropa interior entre mi ropa... ¿Qué se supone que debo hacer?

Comenzamos las clases particulares de defensa personal. Se empeñaba en que aprendiera como dar una buena patada, pero yo era terca como

una mula.

Empezamos a practicar como si él fuese mi atacante. Era buen profesor, pero el roce de sus manos, al afirmarme me ponía nerviosa, me costaba concentrarme.

Después de dos horas practicando, ya había aprendido a zafarme de él y logré dar algunas patas, cosa que él celebraba con la cara un poco desencajada por el dolor.

- Aprendes rápido... y tienes bastante fuerza, si un tipo se te acerca, podrás defenderte sola por un momento. – dijo una vez que se recuperó del último rodillazo. – Vamos a probar la última vez, pero te atacaré de sorpresa por atrás, intenta zafarte pegando un codazo al estómago, una vez libre, sabes qué hacer... pero por favor recuerda que aún tengo intenciones de ser padre.

- Está bien – dije con una risa – intentaré ser suave con el golpe.

- Bien, vamos, ¿lista? – De un movimiento rápido me tomó con ambos brazos en un abrazo de hierro, presionando mi cuerpo contra el suyo con una fuerza inmensurable, sentí su calor separado de mí solo por la delgada tela de la ropa – ve si puedes... librate... d...de...mi – Se cortó en su explicación. Sus labios quedaron a milímetros de mi cuello, podía sentir su respiración agitada, sentí que su concentración se estaba desvaneciendo.

Algo paso en ese momento, un golpe de energía fluyó de mí.

Sin mayor fuerza, casi deshice su abrazo sin necesidad de golpearlo, me volví y quedé de frente a él, rodeada aún con sus brazos. Lo miré un segundo que se hizo eterno. Roberto tenía la cara pasmada y sus ojos denotaban sorpresa, indecisión, algo de nerviosismo y...

Capítulo 7

VII

Deseos

Tenerlo frente a mí, tan cerca, era algo irresistible, me di cuenta de que realmente sentía algo y lo he ocultado por semanas.

¿Qué hago? No quiero perderlo también a él. Y, al parecer, tengo tendencia a perderlo todo.

Su abrazo ya no estaba tan apretado, al ver mis intentos de moverme, él apartó sus brazos y los levantó, como un delincuente bajo la orden de un policía, pero no se apartó ni un solo milímetro, sin dejar de envolverme con su mirada.

Era mi elección, él me estaba dejando elegir, podía cruzar la línea o retroceder.

Levanté los brazos, incapaz de tomar una decisión que me hiciera perderla otra vez.

Ella decidió dar un paso atrás y sentí algo romperse en mi interior. Eres un puto cobarde, lamentarás esto... me dio la espalda... ya lo estaba lamentando. Cobarde, cobarde, cobarde, mil veces, cobarde...

- Elena, yo... - extendí la mano y tomé la suya suavemente, ella se volteó ante el contacto, observó mi mano y luego me miró a los ojos.

Súbitamente, se lanzó sobre mí envolviendo con sus brazos en mi cuello, sus labios hicieron contacto con los míos.

Rodeé su pequeña cintura con uno mis brazos, aplastándola contra mi cuerpo, y contesté su beso con la misma intensidad.

Me atraía hacia ella como si su vida dependiera de ese beso, era embriagador, no quería, no podía separarme de ella.

Perdimos el equilibrio y caímos sobre el sofá, pero nos seguimos besando con la misma pasión.

Recorría su espalda con mis manos, besé su cuello y el borde de su

mandíbula.

Un gemido escapó de sus labios y por un momento pensé que perdería el control.

Tuve que parar o cometería una locura. Me senté en el sillón y me aparté de su boca solamente unos milímetros.

- ¡Demonios, Elena! – dije en un susurro con los ojos aún cerrados. Estábamos tan cerca que sentí el roce de sus labios al hablar.

Era mi testigo protegido... ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué ahora?

No sé si ella era consciente del problema en mis pantalones, porque se lanzó en un beso que creí que me sacaría el alma por la boca.

Un mordisco en el labio, un gemido y un roce mal calculado fueron el detonante, ya no lo pude controlar.

Me puse de pie y ella rodeó mi cintura con sus piernas... ¡Mierda, mierda, mierda! Con ella enganchada a mí, atravesé el departamento a grandes zancadas hasta mi cuarto.

La dejé suavemente en la cama, sin separarme de ella, era tan liviana.

Quería rasgar su estúpida ropa deportiva.

¡Oh por dios!, ¡Oh por dios!, ¡Oh por dios!, necesito más, mi cuerpo no quiere responder a mi cabeza, estoy embriagada en hormonas. Juro que jamás me había sentido así.

Hay demasiado en juego en este momento, esto debe de parar, soy un testigo protegido a punto de cometer suicidio con mi oficial a cargo... ¡Mierda!

- Elena, no... podemos... ayúdame... no puedo... - dijo entre jadeos, pero seguía besándome. ¿Me pedía ayuda porque no podía detenerse? La posibilidad de que su deseo por mí fuese tan grande que no podía detenerse por sí solo, me hizo sentir tan poderosa ¿Hasta dónde quería llegar para probar este poder?

Lo jalé hacia la cama para que se acostara y a horcadas me senté sobre él, para seguir besándolo. Pude sentir su erección, lo rocé con mi muslo, mordí su labio y emití un gemido.

- ¡Mierda, Elena! – Vociferó, estaba al límite.

Se incorporó más rápido de lo que pensé, sus ojos se oscurecieron y de un tirón rasgó mi polera... esa era la señal.

- ¡Okay Roberto, detente! – se detuvo.

Con sus manos en mi cintura, apoyó su frente en mi pecho. Estaba muy agitado, respiraba entrecortadamente. Besó mi clavícula y sin mirarme, me corrió con suavidad, se paró y salió de la habitación. ¿Y ahora qué?

¡Maldición, maldición, maldición! Sentía que me faltaba el aire. Me sentía una vez más como un león enjaulado.

Estaba molesto, furioso, no porque ella me haya detenido, no porque lleve dos años queriendo que sea mía. Enojado por mi falta de autocontrol, ¿y si la asusté? Estúpido, estúpido, estúpido... No sale de la habitación, ¿por qué no sale? Soy un maldito cobarde, ni siquiera me atrevo a ir a ver cómo está...

¿Qué hago ahora...? No puedo salir a dar una vuelta, no la puedo dejar sola sin una orden directa y siempre y cuando se haga un cambio de guardia y no será hasta mañana a las diez, estoy jodido...

¿Qué hiciste Roberto, qué mierda hiciste? Me fui al living y me puse a hacer flexiones... 1, 2, 3, 4, 5...

Estoy esperando el portazo que nunca llega... ¿Qué estará haciendo?

Me asomé por la puerta, despacio. Está... ¿Haciendo... ejercicio? En efecto, ahí estaba haciendo flexiones como si estuviera lidiando con un trastorno de ansiedad, en estado maniaco, como las otras veces que lo había visto.

- Roberto, ¿te encuentras bien? – no me contestó.

- ¿Roberto? Me acerqué lento porque no sabía cuál sería su reacción... me senté en el suelo a su lado.

- ¿Te encuentras bien? – pregunté sigilosa.

- Sí – respondió con voz un tanto agitada.

- ¿Estás... enojado? – pregunté con miedo a la respuesta.

- No...

- ¿Por qué no me hablas?

- Estoy intentando concentrarme...

- ¿Te puedo ayudar en algo?

- Sí... saca... tus pechos expuestos... de mis ojos...

- ¡Oh!

Me levanté, había olvidado que mi polera estaba hecha jirones. Iba hacia mi cuarto cuando lo escuché hablarme.

- ¿Te asusté? En el cuarto... por eso me pediste que me detuviera... - había pesar en su voz.

- ¿Qué? Claro que no, sé que jamás harías algo que yo no quisiera... Es que las cosas se salieron un poco de control. Te pueden suspender por esto... - dije desde el pasillo.

- Tú... eres tú – se había sentado en el piso y estaba apoyado en el sofá, se veía cansado.

Tomé el chal del sofá y me lo tiré encima. Me senté a su lado, esperando a que continuara.

- Eres tú la razón de... esto... - me miró con una sonrisa torcida en los labios. – Mi razón para estar ejercitándome como un desquiciado a las cuatro de la mañana.

- Lo siento, ¿hice algo mal?

- ¡No!

- ¿Algo te molestó?

- ¿Qué?

- ¿Te estoy estresando?

- ¡Demonios, Elena! ¡Por supuesto que no! – se dio vuelta para quedar frente a mí – Elena, no pensé que esto llegaría a pasar... jamás. – hizo

una pausa - ¿Qué ocurre, por qué me miras así?

- Puedo entender que estés como desquiciado ahora, después de lo que pasó. ¿Pero y las otras tres semanas? ¿Qué fue lo que hice?

- Pues... bueno... la verdad... es que... - desvió la mirada.

- Roberto, mírame ¿Qué sucede?

- Podemos hacer como que esto jamás sucedió, si tú quieres, podemos marcar distancia, entregaré tu custodia a alguien más para que no tengas que verme tanto... - Soltó atropelladoramente, estaba nervioso.

- Roberto... - le dije con paciencia, él sabe que no quiero escuchar una evasiva, no ahora.

- Te deseo... mucho... demasiado... hace mucho tiempo... ha sido mi forma de lidiar con tu presencia en mi casa; tus bailes mientras ordenas, tu ropa interior diminuta entre mi ropa, tu presencia en la cocina por las mañanas, descalza, con esa polera de AC-DC que usas a veces como pijama y que deja ver tus piernas. Tu risa, tu compañía... - había anhelado en sus ojos.

- Roberto, yo...

- ¡Está bien! Elena no pasa nada. - se rio, intentando alivianar el momento - Yo estaré bien, ya pasará. Esto fue algo del momento. En serio, podemos hacer como que no ocurrió. No quiero que esto te incomode. - Dijo con una sonrisa, pero sus ojos estaban enrojecidos. Estaba sufriendo - Es más, es tarde, te parece si me doy una ducha - dijo poniéndose de pie y limpiando sus ojos - y tú piensas en que quieres comer, yo invito, ¿te parece?

Me extendió la mano para ayudarme a ponerme de pie. La tomé de inmediato, sin dudarlo.

Aproveché el impulso para poner una mano en su cuello y atraerlo hacia mí para besarlo.

Él dudó un instante y luego me abrazó contestando mi beso. No fue como el anterior; este fue lento, suave, abrumador.

Yo también lo deseaba, más de lo que creí en un comienzo, y pensándolo bien, no solo es deseo, hay algo más...

- Claro que no tengo intención de hacer como que esto no pasó. Venir a vivir aquí, contigo, y esto, es lo mejor que me ha pasado. Y... tampoco quiero que deje de pasar.

Volví a besarla, porque necesitaba de sus besos, y la envolví en mis brazos, porque no quería que se alejara jamás de mí...

Los días pasaron. Pasábamos mucho más tiempo juntos ahora que él era el encargado de cuidarme, pero a veces debía marcharse y venía otro oficial a relevarlo. A veces cuando yo me levantaba él ya se había ido, volvía siempre después de mí, a veces demasiado tarde, cuando ya dormía.

Pero me desesperaba y me volvía ansiosa cuando él no estaba, disfrutaba tanto cuando estaba conmigo, me sentía tranquila, en paz, feliz.

No habíamos vuelto a hablar de lo sucedido, ni se había repetido. Me sentía como una tonta adolescente, con mariposas en el estómago cuando estoy con él, pero sin las agallas de hacer nada al respecto.

Alex se había olvidado completamente de mí, todo el amor que él decía sentir se esfumó como una nube de humo. Roberto me contó que al parecer Alex estaría saliendo con otra chica, o por lo menos eso era lo que comentaban sus compañeros.

- No podría asegurarlo, él ya no me dirige la palabra. Solo conversamos de trabajo, estamos en el mismo caso. - dijo una tarde.

- La verdad, es que me tiene sin cuidado lo que haga... pero necesito hablar algo muy importante contigo... - mi corazón se aceleró.

- Yo también - soltó de improviso interrumpiéndome. - lo siento, sé que lo que quieres decir es importante, pero... este... yo... he estado pensando mucho en lo que pasó la otra noche... - contuve la respiración - mira, yo... lo siento, sé que no debió pasar y bueno... yo... no entiendo por qué me pongo tan nervioso - dijo pasándose la mano por el cabello dejándolo alborotado, se veía tan bien...

Me entregó un paquete, lo miré con elocuencia. Con un gesto me invitó a abrirlo, se veía muy inquieto. Sonreía nervioso.

Abrí el paquete. No sé qué emoción otorgarle a lo que sentí, pero sé que sonreí como una boba. Era una camiseta deportiva como la que destrozó en nuestro encuentro.

- Lamento haberme comportado como un idiota y un cobarde, lamento si te asusté y lamento todo lo demás...

- ¿Lo demás?

Se me acercó, puso una mano en mi cintura para atraerme suavemente hacia él, con la otra mano tomo mi barbilla.

- Lamento haber dejado pasar estos días sin besarte ni una sola vez.

Me besó, y yo me derretí como mantequilla en sus labios. Cuando me soltó, me sentí aun flotando. Okay, estoy jodida, perdida.

- ¿Qué era eso importante que necesitabas decirme? – me preguntó, mirándome con sus ojos soñadores y una sonrisa.

- Que me besaras, no quiero que pase un día más sin que lo hagas...

No podía evitar sentirme feliz, de un instante a otro se desarrolló entre nosotros esta relación extraña pero extremadamente satisfactoria. Nuestra "relación de pareja" no avanzó mucho los días siguientes, pero manteníamos furtivos y fogosos encuentros cuando nos topábamos dentro del departamento.

Nuestros cuartos eran territorio prohibido, creo que ninguno estaba preparado para dejarse llevar más allá. Mi relación con Alex había terminado súbitamente hace poco tiempo, y la muerte de Anya marcaba un límite, sin contar, que una investigación estaba abierta.

Pero los encuentros que teníamos cada vez eran más encendidos y llenos de anhelo, aunque Roberto se preocupaba mucho de respetarme en estos encuentros, cada vez era más difícil. Hacía ejercicio dos veces por día, incluso, pero ahora de forma más consciente, ya no parecía un trastornado.

En los últimos días, parecía preocupado por algo. Quizás pensara que lo que pasaba entre nosotros era gatillado por la nueva relación de mi anterior pareja, como un acto de despecho. ¿Pero cómo le explicaba que no era así?

Estaba viendo una película en la sala y comiendo helado cuando llegó, a las cinco en punto, tal y como me había dicho.

- Hola preciosa, ¿Qué tal tu día? – me saludó dándome un beso en la coronilla.

- Tranquilo, algo aburrido, la verdad, extraño salir a trabajar... Dio la vuelta al sillón para sentarse a mi lado y al hacerlo hizo una mueca de

dolor.

- ¿Te sientes bien? – pregunté preocupada.

- Sí, solo tuve una charla con Alex

- ¡Por Dios Roberto, tu rostro! – me apoyé en su torso para poder observarlo mejor y al hacerlo se encogió por el dolor. - ¿Qué demonios? – levanté su camisa para revisarlo, tenía sendos moratones en las costillas.

- Bonita manera de charlar tienen – dije molesta - ¿Qué sucedió?

- Comenzamos discutiendo del caso, creo que hay alguien dentro de la brigada que se encarga de pasar información, también tengo un par de sospechosos y creo que me estoy acercando al asesino... no, no me mires así, no puedo darte más información, lo sabes.

- Un soplón... eso explicaría por qué les ha costado tanto dar con ese maldito.

- Exacto, lo están ayudando desde adentro. Debe de ser una persona con cierto grado de influencia para tener de su lado a algún detective.

- ¿Tienes una idea de quien puede ser?

- Estoy casi seguro, pero necesito investigar más. Y... tuve que reabrir la investigación de la muerte de los padres de Martín.

- ¿Qué? Roberto ¿Pero por qué? ¿Qué tiene que ver eso? – pregunté un tanto molesta por la intromisión en la vida de Martín, fue algo muy doloroso para él.

- Elena, no te enfades, es parte de la investigación. Sabemos que este idiota va tras de ti por la información que tenemos, también pensamos que puede ser alguien que te conoce, por procedimiento debemos investigar a la gente que te rodea, eso lo incluye.

- ¿Pero por qué reabrir la investigación de la muerte de sus padres?

- Cariño, no puedo discutir el caso más allá, pero me lo encargaron hace unos días y no lo había hecho...

- ¿Y tus golpes son porque te demoraste unos días...? – obviamente no.

- No, tuve que contarle lo que pasaba entre nosotros. Lo siento, odio mentir, lo sabes.

- Yo lo siento, mira cómo te dejó. Y tú... ¿Lo golpeaste también?

- No, solo le dije que no lo había podido evitar, que eres una mujer maravillosa y que estoy loquito por ti... - dijo con voz pícaro e intentó besarme, pero retrocedió ante el dolor del labio partido.

Reí y le di un beso suave.

- Estás demente... ¿Limpiaste esas heridas como corresponde?

- Sí, fui a la enfermería... ahora dame cariño, estoy convaleciente. - dijo riéndose y acomodándose conmigo en el sillón y acurrucándose entre mis brazos.

- ¿Vamos a estar bien? - pregunté de repente, sin siquiera pensarlo.

- Claro que estaremos bien... ahora... cariño... - dijo poniendo mi mano sobre sus costillas lastimadas. - Me duele todo...

- Tan grandote y tan llorón... - reí y besé su cabeza. - Estás loco...

- Lo sé, pero loco por ti.

Me fascinaba estar con él más de lo que quisiera aceptar. A pesar de que no haber establecido los alcances de esta relación y no haber hablado nada más al respecto, esperaba con ansias su llegada todos los días para poder verlo y... enredarme con él en algún rincón.

Ese día ocurrió algo que me sorprendió. Roberto se había marchado porque le indicaron que habían sorprendido a alguien rondando los departamentos.

Si lo que todos piensan es cierto, el asesino vendría por mí. Pero los detectives que trabajaban en el caso, no encontraban la relación entre las víctimas y el propósito de este sujeto. A diferencia de la protagonista de mi libro, quien cometía los crímenes para acercarse a su "amado"

Roberto siempre llegaba puntual a las horas que me avisaba, según él para darme mi espacio personal en la casa, por lo que era libre para pasearme como quisiera.

Pero esa tarde estaba saliendo del baño, simplemente envuelta en una toalla diminuta, porque olvidé la grande en mi cuarto, cuando entró en el departamento de manera repentina dos horas antes de lo que lo había indicado. Su vista se clavó en mí, sentí enrojecer de vergüenza por encontrarme semidesnuda ante él.

Sin despegar sus ojos de mí, cerró la puerta, dejó su bolso en el suelo, se sacó el cinturón con el arma de servicio, lo dejó sobre el respaldo del sofá y avanzó lentamente. Cuando estuvo a escasos dos metros se precipitó sobre mí, envolviéndome con sus brazos y besándome con una pasión desbordada. Fue imposible no responder a sus besos y caricias. Solo quería estar junto a él, llevábamos con ese juego varias semanas, pero el deseo de sentir su cuerpo era demasiado incontrolable.

Comencé a desabotonar su camisa. Sus manos bajaron como nunca hacia lo más bajo de mis caderas, aun con indecisión. Tome su mano y con determinación la baje aún más, para que él entendiera que no me molestaba, al contrario, lo deseaba. Y como si ese hubiese sido el permiso que buscaba, cubrió mi cuerpo en un mar de caricias.

- Espera – se interrumpió, su respiración era agitada y su voz fue casi un susurro por la excitación.

No quise hacerle caso, me lancé contra él, acariciando su pecho desnudo con mis manos. Deseosa de su piel.

-Elena... espera... - me tomo con suavidad de los hombros y me separó unos centímetros de él.

Sus ojos estaban inundados de lago que no logre comprender del todo. Intenté comprender que había hecho mal. Quizás, para él era más interesante el juego que llevábamos, quizás no quería cruzar aquella línea, porque una vez cruzándola no habría vuelta.

- ¿Qué ocurre? – pregunté en un susurro, algo frustrada y mirándolo a los ojos.

- Solo responde, sí o no, esto es demasiado importante para mí.

¿Sí o no?, la pregunta era evidente. Esto no era solo un juego para él. Intenté controlar mis emociones, para poder pensar un poco en lo que estaba ocurriendo, pero una fuerza interna manejó mi cuerpo, lo besé una vez más.

Me alejé de él unos milímetros para poder respirar, y un SÍ lleno de anhelo brotó de mis labios.

- Entonces hagamos esto de otra manera – dijo con una enorme sonrisa.

Media hora después íbamos con las maletas en su coche, estaba expectante, quería que la hora y media de viaje que nos aguardaban pasaran lo más rápido posible...

La calle estaba a oscuras, silenciosa, todo era quietud y tranquilidad, solo a veces se sentía el murmullo de algún vehículo pasar por la lejana avenida.

Los tacos de un par de zapatos rompieron el silencio al caminar. La chica caminaba de prisa, algo la perturbaba.

A cada momento miraba hacia atrás sobre su hombro, pero al parecer era la única persona en la calle desierta.

Era una mujer refinada, tal vez, ejecutiva de algún banco o de una aseguradora. Iba bien vestida, llevaba una blusa blanca, un suéter celeste, pantalones azules y unos zapatos de taco aguja y punta. Tenía el cabello castaño sujeto con una traba. Pero estaba incómoda, se le notaba en el rostro.

-Justo hoy, ¿por qué a mí? – su estado anímico denotaba cansancio y hastío, se encontraba molesta por alguna cosa en particular.

Al llegar a una esquina se estrelló con una figura alta. La muchacha ahogó en un grito de sorpresa al chocar con el desconocido, quien tuvo que afirmarla de los brazos para que no se cayera al piso por la fuerza de la colisión.

- Por favor discúlpeme, no la vi – Se disculpó el extraño.

Iba con camisa de cuello almidonado, traje y corbata, bien peinado y afeitado y con zapatos lustrosos.

- No, no. No se preocupe, la culpa ha sido mía, venía caminando preocupada de otra cosa y no lo vi cuando llegue a la esquina. – se disculpó evaluando a su interceptor.

Le pareció extraño encontrar a alguien bien vestido en un callejón como ese.

- No debería estar sola en este callejón, para alguien como usted, sería peligroso, podrían intentar asaltarla...

Un escalofrío recorrió el cuerpo de la mujer, la idea de que le ocurriera algo así, era precisamente lo que la había hecho estrellarse con aquel sujeto.

- No estoy aquí por mi voluntad, mi coche no arranca, y mi teléfono se ha quedado sin batería, iba hacia la avenida para buscar ayuda. Espero que mi coche siga donde lo dejé, este lugar no parece el mejor...

- Tiene razón, no es el mejor - con un brillo de malicia en los ojos dio un paso hacia la chica, quien en una fracción de segundo comprendió lo que ocurría.

- ¡Mierda! No se me acerque, por favor... no, por favor aléjese de mí. ¡Por favor! - su rostro se crispó de terror.

- Lo siento, tú no tienes la culpa... pero las mujeres son tan complicadas, haces todo y más de lo que quieren, para estar con ellas, ¡pero a la primera se van con otro!... pero alguien tiene que pagar por su error y es lógico que sea ¡otra mujer!

La bofetada proporcionada a la chica cortó el silencio en un golpe seco. Inconsciente la joven se desplomó al suelo.

Enloquecido el agresor, se abalanzó sobre ella y la golpeó hasta el cansancio.

Estaba tan fuera de control, tan abatido y frustrado por lo que acababa de ver, que descargo sobre la mujer toda aquella rabia.

Había planeado todo, había hecho lo imaginable por acercarse a ella y asegurar su futuro, pero la vio escapando de la mano de otro, un maldito policía, subieron a un auto y desaparecieron calle abajo. La información que le dieron era real y llegó justo a tiempo para corroborarla. Se veían tan felices...

- Elena es mía. Solo mía. Pero también pagará por su error.

Una patada certera en la cabeza fue el golpe final, el chasquido de su cuello al romperse, le produjo un gran alivio.

Tranquilo y como si no hubiese ocurrido nada, saco del bolsillo interior de su chaqueta una rosa blanca con la que acaricio el rostro ensangrentado de su tercera víctima fatal, y con sumo cuidado la dejó reposando en el pecho de la joven. Y abandonó el cuerpo inerte de la chica en aquel callejón oscuro...

Capítulo 8

VIII

Confesiones

El camino fue tranquilo, Roberto me puso al tanto de los últimos sucesos con respecto al caso, el tipo ya no se conformaba con golpear. Me contó que desde la chica que murió camino al hospital, la estrategia del asesino había cambiado, ahora el objetivo era matar.

Aun así, Roberto no me podía contar mucho, decía que era peligroso y quería protegerme.

Ya había anochecido cuando llegamos. La cabaña estaba a oscuras, y ya comenzaba a hacer frío. Roberto se dedicó a encender la chimenea y a poner en orden el resto de la casa, mientras yo me ocupe de la cocina y la cena. Es uno de mis lugares favoritos, por lo que venía de forma recurrente. Por lo que no había mucho más que hacer que sacudir un poco y descubrir los muebles.

Era una cabaña pequeña, pero tenía todo lo que se necesitaba, era ideal para escapar de ajetreo de la ciudad, solo se sentía el susurro del viento entre las copas de los árboles. Habían anunciado una tormenta para los próximos días, tal vez mañana se dejará caer.

Me encantaba esa cabaña, estaba hecha en piedra y madera, tenía solo un piso; el techo era alto, con las vigas de madera a la vista. El piso de la cocina era de piedra, mientras que el del living comedor era de tablas de madera nativa. Había un sofá frente a una chimenea gigante hecha con piedras de río, frente a esta, había una alfombra gruesa y suave, donde yo me sentaba a escribir, la mayoría de los muebles eran de estilo rústico. La cocina, amplia, tenía una cocinilla a gas, y otra enorme, al centro, de leña. El tamaño de la casa, permitió que el calor que emanaba de la chimenea se expandiera por todos los rincones rápidamente.

Esta cabaña era de mi abuela, mi padre me envió todos los documentos para hacer el traspaso hace un par de meses. Alex sabía de su existencia, pero jamás me acompañó en mis visitas. Martín tampoco la conocía, solo se la describí una vez, cuando le conté que mi abuela había muerto... Roberto es la primera persona que viene conmigo.

En casa había preparado una lasaña, decidí ducharme y esperar a la llegada de Roberto para meterla al horno, pero ante las nuevas circunstancias, la envolví y la traje para cenar.

Sabía que era uno de sus platos favoritos, lo mencionó una vez que fue con Alex a almorzar a mi departamento.

Así que, mientras él limpiaba las otras estancias de la casa, limpié la cocina, puse la lasaña en el horno y preparé la mesa con unas velas, copas y una botella de vino. ¡Rayos, esto parece una cita!

Después de un rato sentí el ruido de la ducha, lo más probable es que esté dando un baño rápido después del viaje... ¡Pero estaba con la puerta abierta!, eso nunca lo hacía... Quizás únicamente estaba lavando la tina.

No pude aguantar mi curiosidad y me fui en puntillas hacia el baño. Lo primero que descubrí, fue su ropa en el suelo. Inevitablemente subí la mirada, y ahí estaba él...

Había sacado la cortina provisoria que tuve que poner tras romper el vidrio de uno de los lados de la mampara. Afortunadamente, para mi corazón, la otra mampara alcanzaba a cubrirlo, pero, aun así, revelaba el contorno de su cuerpo desnudo, tenía las manos en la cabeza y dejaba que el agua caliente cayera acariciándole el rostro. Soltó una risita, ¿se habrá dado cuenta de que lo estaba espiando?

Emprendí la retirada fugaz. Me fui al comedor y a terminar de preparar la mesa para cenar.

Estaba por sacar la lasaña del horno, cuando él apareció. Lo miré de reojo. Iba vestido con un pantalón beige y un suéter de cuello alto, su cabello estaba mojado y disparado en todas direcciones. ¿Por qué no me había dado cuenta antes de lo guapo que era?

Súbitamente, unos brazos rodearon mi cintura y sus labios se posaron en mi cuello.

- Este olor me vuelve loco.... – Susurró a mi oído.

- Pues, tal vez si me sueltas, podría servirte un trozo – dije de la forma más indiferente posible con un enorme esfuerzo.

Pero no se apartó de mí... al contrario, cuando intente agacharme para abrir el horno, me apretó hacia él con más fuerza.

- No me refiero al olor de la exquisita lasaña que tienes en el horno – dijo recorriendo con la nariz mi cuello a la vez que lo besaba, erizando mi piel.

Reí nerviosa y me volteé para besarlo.

- Y dime, ¿Tienes algún artefacto de este siglo en casa para escuchar algo

de música?

- Tengo algo mejor que eso... el mueble de allá, elige algo... voy a servir mientras.

- ¡Wow, tecnología del siglo pasado, es grandioso! ¿Aún funciona?

- Claro, era de mi abuelo. Es un Alba de 1960, trátalo con amor y respeto.

De la compañía inglesa Alba, era un tocadiscos empotrado en un mueble de teca, con varios vinilos.

- Veamos que tenemos por aquí... The Beatles, Jimi Hendrix, Bob Dylan... ¡Mira, Aretha Franklin! ¡Pero obvio que no podía faltar, el Rey! ¡Oh por Dios!

Parecía un niño en juguetería. Después de unos minutos comenzó a sonar "Don't be that way" y el Jazz de Ella Fitzgerald y Louis Armstrong llenó la estancia.

- ¡Por Dios Roberto, eres un señor! – Reí mientras se acercaba a mí extendiendo su mano para que bailáramos.

Bailamos por un momento a la luz de las velas y la chimenea. Era una burbuja perfecta, sin el ruido de la ciudad. Atrás quedaron los asesinatos y las investigaciones. No había más.

Después de un rato nos sentamos a comer antes que la lasaña se enfriara.

- ¿Vino? – Pregunté.

- ¡Oh, claro! Lo necesito...

- Valor líquido... quién lo diría... ¿Nervioso por algo?

- Digamos que, como buen señor, necesito cumplir con las etapas de una cita perfecta. Y en mi lista, el vino es indispensable.

- ¡Ah! Con que esto es una cita... creo que no me había dado por enterada – se rio con esa risa cautivadora que solo él tiene.

- Cariño, estamos en una cabaña rústica, alejados de todo, de noche, escuchando Jazz de los años cincuenta, iluminados con velas y una chimenea, con una exquisita cena y vino, la palabra cita salta de cada

rincón, date por enterada.

- Okay. Y en tu lista de la cita perfecta, ¿Cuál es la etapa que viene ahora? – dije divertida.

- Pues veamos, hagamos un check list: dijimos que, el lugar, la música, el ambiente, la cena, el vino y la compañía está okay. Bailar, okay. Nos faltaría la conversación, que no incluya asesinatos ni investigaciones, los besos, una declaración, más besos, pasión y sexo... Sí, considero que, con eso, sería perfecta, dijo con voz juguetona.

- Sí que es una larga lista de exigencias, pero ¿por qué piensas que yo querría tener sexo contigo? – dije sonriendo.

- Porque... trajiste tu conjunto de encaje rojo que estaba colgado en el cuarto de lavado, y supongo llevas puesto. Llevas un maquillaje sencillo que resalta tus ojos y tus labios sensuales. Te pusiste el perfume que usaste para la recepción de tu libro, lo que me dice que solo lo usas en ocasiones especiales. Cocinaste uno de mis platos favoritos, pusiste velas, me dejaste jugar con los vinilos de tu abuelo y, estás muy encantadora y coqueta.

- Guau... no sé si sentirme alagada o acosada, ¿Algún otro dato?

- Hoy casi abusaste de este humilde servidor cuando llegué a casa. – dijo con autosuficiencia y voz seductora.

- Un momento, si no recuerdo mal, yo era la que estaba casi desnuda contra una pared... después que alguien llegó sin aviso y se me aventó encima.

- Sí, pero yo no te espí desnuda mientras te duchabas...

- ¡Oh, eres un maldito! ¡Por eso te reías!... – contesté con fingida indignación.

- Salud, por tu perversión – dijo cautivador.

Chocamos copas y bebimos y reímos, como lo hacíamos siempre que estábamos juntos.

Recogimos los platos y dejamos las velas encendidas y sin darnos cuenta abrimos otra botella de vino. El ambiente estaba muy chispeante. El alcohol ya había hecho su efecto, llegaron los besos y seguimos riendo, hablando y bailando jazz...

- Creo que llegó el momento de una declaración, antes que el vino me

haga decir alguna estupidez. ¿Partes tú? – Dijo mientras bailábamos.

- Es tu lista de señor, deberías partir tú... dije sonriendo, sin despegar la mejilla de su pecho.

- Ah - suspiró.

- ¿Nervioso? – pregunté.

- Siempre que estoy contigo...

- Eso suena a confesión...

- Tienes razón, es tu turno...

- Tramposo – reí – está bien... A ver... me encanta estar contigo...

- Yo adoro pasar tiempo contigo...

- Te extraño cuando no estás en casa...

- Oh, ¿en serio? – intentó separarse de mí para mirarme, pero no lo dejé.

- Shhh – lo hice callar – es tu turno.

- Okay... cuando estoy en el trabajo cuento las horas para volver a verte.

- Me encanta verte entrenar, es sexy...

- Me encanta verte bailar y cantar con la escoba cuando ordenas...

Nos reímos... levanté la mirada...

- Me encanta verte concentrado en tu trabajo cuando estas en la casa...

- Amo verte discutir con los personajes de las películas...

- Amo como despeinas tu cabello cuando estás nervioso o cuando estás pensando...

- Amo como frunces el ceño cuando estás molesta...

- Amo tus ojos verdes y la intensidad con la que me miran.

- Amo tus labios sensuales, y la necesidad que tengo por besarlos.

- Amo la seguridad que siento cuando estoy entre tus brazos.
- Amo que desde que estás en mi vida, tengo una razón para... - se quedó en silencio, serio, sin moverse, solo me miraba...
- ¿Qué sucede? Te quedaste muy serio.
- Elena – susurro de manera suplicante – ya no puedo más.

Mi corazón comenzó a latir a mil por hora.

- A riesgo que me digas que soy un puto mamón y que mi hombría decaiga ante tus ojos, cosa que en realidad no me importa, haré esto...

Fue hacia el tocadiscos... La música comenzó y lleno todo el lugar, mi corazón se sobrecogió. Volvió a mi lado y me abrazó para seguir bailando. Me tenía firme contra su cuerpo, quizás en un intento de que no escape, acerco su boca a mi oído y entonces...

Wise men say

Los sabios dicen... - comenzó a traducir para mí...
Only fools rush in

... Solo los tontos se apresuran...
But, I can't help falling in love with you

... Pero no puedo evitar enamorarme de ti...

Shall I stay?

... ¿Debería quedarme?...
Would it be a sin?

... ¿Sería un pecado?...
If I can't help falling in love with you

... Si no puedo evitar enamorarme de ti...

Like a river flows

... Como un río que fluye...
Surely to the sea

... Siempre hacia el mar...
Darling, so it goes, Somethings, are meant to be

... Cariño, así va todo, algunas cosas, están destinadas a ser...

Take my hand

... Toma mi mano...

Take my whole life too

... Toma mi vida entera también...

For I can't help falling in love with you

... Porque no puedo evitar enamorarme de ti...

... Durante mucho tiempo me sentí culpable, Anya era una mujer extraordinaria, y yo era el hombre más feliz del mundo cuando la conocí y nos hicimos novios. Creí que era el amor de mi vida, pero apareciste tú. ¿Recuerdas, el altercado a la salida del pub?, esa forma de enfrentar a Martínez... estuviste grandiosa. Fue entonces cuando llamaste mi atención, y comencé a pensarte... luchaba contra ello. Fue muy difícil resistirme a buscarte, soy detective, era tan fácil...

Levanté la vista, necesitaba mirarlo.

... Yo quería a Anya, ¡Te lo juro que sí! Quería estar con ella, y me dedique a mi relación, ya nos habíamos comprometido y me debía a ella... intente por todos los medios alejarte de mi mente, pero me visitabas en sueños. Te imaginaba a mi lado, y escuchaba tu voz llamándome...

... Anya no se lo merecía, faltaba tan poco para nuestra boda... incluso en la iglesia dudé. Pero cuando la vi entrar en la iglesia, me di cuenta de que era un idiota, me prometí sacarte de mi mente y honrarla a ella... y nos casamos.

...Y reapareciste, nada más que en mi matrimonio, acompañando a mi mejor amigo, te veías tan hermosa, tan deslumbrante... si antes creí que podría alejarte, desde ese día fue imposible... nunca más pude sacarte de mi vida...

... De recién casados con Anya, pasamos unos meses hermosos, pero tu sombra iba y venía. A veces podía compartir con todos, en nuestras citas dobles, sin ningún problema. Otras veces era realmente imposible...

...Cuando le detectaron ese maldito cáncer, me sentí aún peor... (sus ojos se anegaron de lágrimas, y una rodó por su mejilla) ... Sentí el deseo inmenso de alejarte de mi mente, para entregarme a ella por completo, pero había momentos en los que no lo lograba – soltó una risa amarga - lo peor era que ella lo sabía. Sabía que mi mente y corazón estaban contigo, me lo dijo el día que murió, por eso me pidió que rehiciera mi

vida...

No pude evitar que unas lágrimas escaparan de mis ojos mientras escuchaba, atenta su confesión, perdiéndome en la profundidad de sus ojos.

... Al morir Anya, sentí cierto alivio, al saber que ya no le causaría más daño con mis dudas... pero estaba Alex, mi amigo, y tú eras su novia. Me resigné a que quizás jamás existiría una oportunidad... Y con ese pensamiento era más fácil estar cerca de ustedes, así que me dediqué a enterrar mis sentimientos ... Pensé que lo había logrado...

... El día de la recepción... ¡Maldición! Yo sabía que no debía ir, pero no podía faltar a algo tan importante para ti. Te veías tan hermosa, reviviste todos aquellos impulsos que había intentado enterrar... y ¡mierda! Cuando tuve los cojones de acercarme a ti, al saludarte, tú decides lanzarte a mí en un abrazo y luego ese momento, ese bendito momento en el que conectamos, estuve a punto de besarte, hasta que apareció Alex...

...Te confieso que quería partirle la cara a Alex por su indiferencia y estupidez, por tratarte así. Y de un momento a otro te tenía viviendo conmigo, y a Alex pidiéndome que no te dejara sola...

... Y ahora te tengo aquí en mis brazos, con el deseo y el amor de tanto tiempo a flor de piel... y me siento como un crío asustado...

Estaba paralizada, perdida en sus ojos, una especie de golpe eléctrico me dio el impulso para abrazarlo, un abrazo desesperado.

- ¡Oh Roberto! – dije casi al borde de las lágrimas. – Es que, yo no comprendí lo que sentía por ti hasta estos últimos días. Y quizás aún no lo comprenda del todo... pero...

Solté mi abrazo para poder mirarlo, realmente estaba asustado.

- No quiero, no puedo estar lejos de ti. Necesito descubrir que es esto que sentía antes y que siento ahora con mayor intensidad.

- ¿Y si descubres que es con Alex con quien quieres estar en realidad? – dijo sin dejar de mirarme.

- No... no, no, no... ¡Mierda, escribí una novela y estoy teniendo problemas para hacer esto! – se rio nostálgico... - espera – dije dándome un segundo, mi corazón estaba como loco...

Se veía inquieta, realmente inquieta. Quizás me excedí, quizás no debí contarle todo, quizás debería haberme quedado con este regalo, no decir nada y quedarme con lo que resultara de esta noche.

- Mi corazón... - dijo en un susurro. Se volteó hacia mí, tomo mi mano y la puso en su pecho – ¿Qué sientes?

Su corazón estaba desbocado, como si quisiera saltar desde su pecho.

- Roberto, escúchame, y mírame. – dijo con voz pausada – necesito descubrir que es esto – presionó su mano sobre la mía en su pecho – porque siento que el corazón se me va a salir del pecho cuando estoy contigo, y es algo que jamás me había pasado, no reconozco este sentimiento. Pero esto que siento aquí, me impulsa a querer tenerte en mi vida, a querer compartirla contigo, a no alejarme de ti, a extrañarte cuando no estás. Esto que siento, me hace querer cuidarte y protegerte... admirarte, desearte... Roberto yo...

No pude esperar más. La besé, la besé como siempre quise hacerlo, sin miedo, sin vacilaciones. Es ella, siempre ha sido ella.

Se abalanzó sobre mí devolviendo mi beso. Me sentía embriagado de su aroma. Su lengua bailaba en mi boca, una danza avasalladora que rompió con el poco control que me quedaba.

- Cariño, no puedo esperar más. Ahora te voy a tomar... - dije entre jadeos – porque si no lo hago, me voy a volver loco.

- Por favor, ya te estás tardando... - dijo entre gemidos.

Me abalancé sobre ella. Tomé su pequeño cuerpo entre mis brazos mientras nos besábamos. Di un par de pasos y dimos con la mesa. La senté en el borde.

Ella jaló de mi suéter hacia arriba. Contesté a su muda petición levantando los brazos para ayudarla. Un sonido brotó de su garganta, como un ronroneo frustrado al encontrarse con mi camiseta. Recorrió con las yemas de sus dedos la piel de mis brazos.

Desabotoné su blusa y pude ver aquella ropa interior de encaje rojo con el que había fantaseado. La primera vez que lo vi, estaba entre mi ropa. No puede evitar que mi cuerpo reaccionara ante tan diminuta prenda. Necesitaba verla mejor. Decidí tomarla en brazos y llevarla al sillón frente a la chimenea. Vi la cama a unos escasos metros y la verdad no sé si alcancemos a llegar a ella.

Capítulo 9

IX

Complicidad

La lluvia se dejó caer, los relámpagos iluminaron la cabaña, los truenos la sacudían y los rayos trazaban hermosas figuras en el cielo negro. Pero, aunque este espectáculo natural siempre me quitaba el aliento, en ese momento mi mente y mi cuerpo estaban lejos.

Era como si se cumpliera una de mis más íntimas fantasías... apartados de todo y de todos, frente a una chimenea que nos brindaba al calor y la luz exactos.

Recorrí su pecho con mis manos y me deslice hasta su cintura, ahí, tome su camiseta y la levanté para sacársela. Una vez más accedió a mi petición levantando los brazos.

Lo observé durante unos instantes a la luz que nos otorgaba la chimenea. Su piel morena era hermosa, sus contornos bien definidos, su abdomen y brazos firmes. Lo había espiado en sus rutinas de ejercicio en la madrugada, cuando se supone que nadie lo vería, solo usaba un pantalón. Esta vez, estaba aquí para mí, al alcance de mis manos. Acaricie sus contornos con las yemas de mis dedos, provocando que su piel se erizara. Besé su cuello desnudo, rasguñando suavemente su espalda.

Mi atrevimiento surtió efecto. Sus caricias se hicieron más intensas y perdieron cierto atisbo de ternura. Rápidamente, utilizó sus dedos para terminar de desabotonar mi blusa. La deslizó por mis brazos dejando ver la ropa interior de encaje rojo que había mencionado hace un rato. También me observó durante unos momentos para luego besar uno de mis hombros y posteriormente la clavícula, acercándose cuidadosamente a mi pecho. Soltó con sus dedos el broche del brasier, dejando mis pechos al descubierto, bañados solamente por el calor de la chimenea.

Aunque no quisiera, era imposible no comparar sus caricias con las de Alex... eran tan distintas, se sentían tan diferentes. Alex me hacía sentir reclamada como una posesión, a veces un objeto. En cambio, ahora me sentía libre, poderosa y profundamente deseada.

Así que me concentré solo en ellas. Cada roce de sus manos erizaba mi piel. Sentía una pasión descontrolada, era incapaz de detenerme. Tenía la necesidad insaciable de que se perdiera en mi cuerpo.

Él comprendió lo que me ocurría. Sus caricias se hicieron más decisivas y apasionadas. Su deseo de tener mi cuerpo sólo para él se impuso ante sus

vacilaciones y me hicieron desearlo más allá, deseaba su piel de manera irracional.

- Roberto – logré articular entre jadeos – realmente necesito estar contigo... aquí y ahora.

Torció su gesto en una sonrisa y sus besos y caricias me enloquecieron de manera inconcebible. ¡¿Cómo podía ser posible aquello?!!

Su mirada era tan intensa a pesar de la oscuridad en la que nos encontrábamos, recordé sus ojos esa vez en nuestro primer encuentro. Su cuerpo, ahora, temblaba levemente, y su piel estaba tan erizada como la mía.

Desabotoné su pantalón para sacarlo del camino.

Mi cuerpo y mente se encontraban en un estado de excitación que nunca pensé posible.

Continúo desnudándome, sin dejar de mirarme como un niño ante el más importante de sus tesoros, acariciando y besando cada centímetro de mi piel, Ya sin rastros de ternura, pero con cuidado de no lastimarme, podía sentirlo.

Sacó un preservativo, no sé de dónde.

- ¿Estás lista? – susurró en mi oído entre jadeos.

Mi corazón se aceleró al oír esa pregunta, entonces lo sentí. La presión y la excitación al deslizarse... era como si de un momento a otro mi cuerpo fuese a entrar en colapso, pero me concentre en él y solo en él y sus movimientos, que me llevaron rápidamente a mi primer orgasmo. Intenso, profundo, como si hubiera salido del fondo de mi alma. No pude evitar enterrar mis uñas en su piel, a lo que él respondió con un beso en mi frente.

Esperó un par de segundos a que volviera a este planeta.

- Así se hace, hermosa.

Y continuó diligente en su labor. Algo que no entendía me exigía seguir. Su piel, su sudor, sus manos, sus besos, sus caricias, sus movimientos... todo me volvía loca. Me senté a horcadadas frente a él, sintiendo toda la magnitud de su cuerpo. Comencé a moverme y él mordió uno de mis pezones, y ahí estaba de nuevo, creciendo en mi interior, amenazando con hacerme explotar.

- ¡Oh por Dios! – jadeé.

- Sí, vamos, eso es... - gimió en mi oído.

Me seguí moviendo acompasada, estaba al borde, cuando sus músculos se tensaron, una exclamación apareció entre sus gemidos y sus dedos se enterraron en mis glúteos para atraerme con fuerza hacia él. Sentí su liberación, lo que me hizo estallar junto con él.

Mi cuerpo temblaba, exhausta por aquel inolvidable encuentro, me dejé caer sobre su pecho, donde el latir de su desbocado corazón me arrulló hasta dormirme.

Desperté unas horas después, el fuego aún ardía, Roberto estaba abrazado a mí como en un acto desesperado para que yo no me fuese de su lado.

No recuerdo cuando ni como, pero estaba recostada a su lado sobre el sofá y estábamos tapados por una colcha, eran las tres de la madrugada, pero el calor de la chimenea, de la colcha, de la "actividad" y de la piel desnuda de Roberto, me habían espantado el sueño.

Me levanté con cuidado y me fui al baño. Di el agua de la ducha y mientras esperaba que tomara temperatura observé mi cuerpo desnudo en el espejo que había detrás de la puerta. Estaba sudada, mi cabello estaba húmedo, mis mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Observé mis caderas, la cintura y los senos, todo aquello que Roberto había alabado en la intimidad. – Eres completamente hermosa – había dicho mientras acariciaba mi cuerpo. Mi piel se erizó de solo recordarlo.

Di la espalda a la mujer que me observaba y me metí a la ducha. Era exquisito sentir el agua caliente deslizarse por mi cara y mi cuerpo. Deje que el chorro de agua cayera sobre mis hombros.

- No creas que voy a dejar que disfrutes de eso sin mí – abrí los ojos para comprobar que no había soñado con esa voz.

Pero Roberto ya estaba allí, a solo unos centímetros, y sus manos ya iban de camino a rodear mi cintura. Me apretó contra su cuerpo y me besó nuevamente. Me encantaban sus labios y la manera en que besaba los míos.

Él ayudó a secar mi cabello y luego nos fuimos a la cama, el reloj ya marcaba las cuatro, pero antes de dormir nos dejamos embargar por la pasión una vez más.

La luz de un día especialmente brillante me despertó, no recordaba haber dormido tan bien, y haber despertado tan feliz desde... bueno, desde la

noche en que besé por primera vez a Roberto, ese pensamiento me avergonzó un poco, entonces recordé donde estaba, me giré rápidamente. Me quedé pasmada al chocar con su mirada. No lo había soñado, estaba ahí, a mi lado, velando mis sueños.

- Buenos días. Pensé que no despertarías nunca, creo que te he dejado agotada – me dijo con una hermosa y burlona sonrisa.

- Supongo que me hace falta entrenamiento – le conteste con una sonrisa, lanzándome sobre él para pegar mi rostro sobre su pecho.

- Pues, por eso estamos aquí... – me contestó con una sonrisa llena de picardía – pero lo primero es desayunar... Me muero de hambre.

Se levantó de mi lado, llevaba puesto solo un bóxer, bastante pequeño, que hacían resaltar sus... partes. El débil sol que entraba por la ventana con las cortinas corridas, sacaba pequeños destellos de su piel. Parecía un ángel, un ángel caído, solo conmigo en una cabaña apartada, lo tendría solamente para mí. Este pensamiento hizo que me avergonzara un poco de mis ocurrencias, pero nadie se enteraría, después de todo los muros no hablan... solté una pequeña sonrisa traviesa...

- Por la cara y la sonrisa... creo que no estás pensando en el desayuno, ¿verdad?, pequeña traviesa...

Me puse colorada al verme tan evidentemente descubierta.

- Qué diablos te ocurre, crees que no puedo pensar en otra cosa que no sea...

- ¿Devorarme como anoche?

- ¡Roberto!... – mi rostro se incendió aún más – Mi imaginación da para mucho más...

- Eso no me lo quiero perder... de solo pensarlo... - bajó la mirada a tu entrepierna – será mejor que vaya por el desayuno... - dijo ruborizándose.

- Creo que será mejor, si es que puedes llegar a la cocina... lo que me hace pensar... ¿Quién solamente piensa en devorar a quién? – dije con una amplia sonrisa.

- Ja, ja, ja. Pero tienes razón, me costará mucho llegar a la cocina.

Estaba apoyado en el marco de la puerta de donde tomó impulso y salto sobre la cama, abalanzándose sobre mí, besándome y cubriéndome de

miles de caricias. Una vez más, me entregué a sus brazos.

- Elena... - dijo después de una hora, sin dejar de besarme y apretarme contra su cuerpo desnudo – por favor, dame un respiro, déjame comer por lo menos, necesito recuperar energías – pero no dejaba de tocarme y de envolverse en mi piel.

- Amor, eres un cínico...

Se quedó quieto, como si lo hubiesen paralizado, estático como una estatua sobre mi pecho izquierdo, quizás dije algo malo, tal vez llamarlo cínico lo había molestado...

- No te imaginas lo hermoso que sonó esa palabra en tus labios...

- ¿Qué? ¿Cínico? – dije jugando.

- No tienes remedio.... – me dio un beso en la frente – voy por el desayuno – dijo con un suspiro.

Roberto llegó desde la cocina con una bandeja llena de cosas para comer: café recién preparado, tostadas, huevos revueltos, fruta, mermelada...

- ¿Y esto? ¿Quieres ponerme en engorda para comerme después?

- Lo de comerte no es una mala idea... engordarte, no.... Eres hermosa, así como estás – me lanzó una mirada pícaro – Pero para tu desilusión, este delicioso e irresistible desayuno preparado con estas manos de ángel, es para los dos. Tenemos que recuperar fuerzas para continuar nuestra pequeña luna de miel.

El resto del día transcurrió normal. No salimos de la habitación más que para ir al baño o a la cocina a buscar algo para reponernos. Fue un día fantástico, no recuerdo haberme sentido tan feliz en la intimidad, ni siquiera con Alex que era “el amor de mi vida”, ahora me doy cuenta de que no era así.

El segundo día nos dimos un descanso, salimos de la casa a internarnos en el bosque. La tormenta había dejado su humedad impregnada en los árboles y en la tierra. Las gotas de rocío cubrían las hojas y el olor a tierra mojada inundaba cada rincón.

Habíamos llegado al lecho de un río, donde nos pusimos a saltar en las rocas y a jugar como dos niños.

En eso estábamos, saltando en las rocas, cuando Roberto resbaló y cayó a una poza en la orilla. Yo me partía de la risa, mientras él maldecía su mala

suerte.

- Ven a ayudarme, no puedo pararme, está resbaloso. – me gritaba desde la poza, mientras yo no podía dejar de reír.

- Está bien, te sacaré de ahí para que volvamos antes que te enfermes – dije con lágrimas en los ojos de tanto reír.

Era chistosísimo verlo intentar pararse y caer en una posición más ridícula que la anterior.

Me acerqué con cuidado a la orilla para no resbalar, le extendí la mano para ayudarlo, se había revolcado tanto intentando pararse que la poza de agua era ahora un lodazal. Se tomó con su mano llena de lodo, lo jalé con fuerza, pero resbaló y volvió a caer.

Mientras yo reía gateó hasta donde me encontraba y se estiró para tomarme de una pierna...

- ¡No, mi pantalón no! – grité al ver su mano embarrada, tratar de asirse a mi pierna, por lo que la levanté para esquivarlo, pero terminé perdiendo el equilibrio y cayendo en cuatro patas a su lado.

- ¡JA! ¿Quién ríe ahora? En qué posición más tentadora fuiste a caer... - dijo riéndose él ahora de mí.

- Cállate, no me molestes... - me puse de pie como pude sin pedirle ayuda, pero al girarme resbalé y caí sentada en el lodo. Nos miramos unos segundos y ambos estallamos en risas.

- Ven acá, salgamos de aquí – dijo cuándo paró de reír.

Nos costó mucho trabajo salir de ahí, lo intentamos una y otra vez y siempre resbalábamos y volvíamos a caer... hasta que abatidos nos dimos cuenta de que por el otro lado estaba seco y había ramas donde podíamos afirmarnos... nos reímos a carcajada abierta por la cantidad de estupideces que hicimos.

De pronto Roberto se quedó quieto y callado.

- ¿Qué ocurre...

- Shhh, no hables ni te muevas... - me dijo en un susurro.

Estaba empezando a preocuparme, Roberto ni siquiera parecía respirar, estaba completamente concentrado en su alrededor, era como si algo nos

acechara.

¿Y si era el asesino? Tal vez consiguió saber dónde estábamos. Pero el único que sabía dónde estábamos era Alex. Pánico. Y si ese mal nacido atacó a Alex... en eso, una liebre salió corriendo de entre un arbusto, lo que me hizo dar un grito ahogado.

- ¿Y eso? ¿Desde cuándo que una escritora de suspenso y asesinatos le tiene miedo a una liebre? – me volví para mirar a mi acompañante, que yacía parado y embarrado a un lado, pero con una sonrisa burlona que me hizo sonreír del alivio.

Caminamos abrazados hasta la casa, ya estaba haciendo frío e íbamos con la ropa mojada por el barro.

- Será mejor que entremos por la cocina para que no ensuciemos la alfombra de la sala. Además, la cocina a leña estaba encendida y debe de estar más caliente que el resto de la casa – dije castañeteando los dientes.

En efecto, la cocina estaba encendida, por lo que comenzamos de sacarnos la ropa ahí mismo. No pude reprimir el impulso de lanzarme a él. Me recibió con los brazos abiertos, listo para una batalla más, que, obviamente, terminamos en el baño con una ducha con agua bien caliente.

Mientras yo secaba mi pelo, él intentó preparar la cena. Preparó unos sándwiches, que, en realidad, estaban muy buenos.

- Necesito aprender a cocinar como un adulto... no puedo vivir de sopas instantáneas y sándwiches.

- Pues, la verdad es que sí... necesitas interiorizarte en el mundo culinario.
– reí al ver su cara – ¿Por qué pones esa cara?

- Se supone que deberías decirme: Cariño, no es necesario, tus sándwiches son excelentes. No te preocupes por la comida, yo cocinaré para ti todo lo que quieras... - dijo imitándome.

Guardamos silencio un par de segundos y luego estallamos en risas.

- Sabes que eso jamás sucederá, ¿cierto?

- Obvio que lo sé, no esperarías menos de ti. – dijo con una encantadora sonrisa.

- ¿Ah sí?

- Elena, por favor, ¿No creerás que estoy a favor de esa idea absurda de que la mujer debe alimentar a su macho?, además eres una mujer con carácter, una rebelión en la cocina es lo mínimo que esperaba.

- Será mejor que tus compañeros no te escuchen decir eso, atacarán tu hombría.

- Ay cariño, ¿Qué es la hombría más que una careta?, un intento patético de dominación. Si aprendiendo a cocinar me voy a alimentar mejor, ahorraré dinero y de paso, te puedo regalonear con manjares. ¡Regalo mi hombría!

- Estás demente.

- Pues claro, enciérrenme.

Nos sentamos en el sofá frente a la chimenea a comentar lo ocurrido hoy. Carcajadas descontroladas al recordar lo ocurrido en el río. Y la cara que puse cuando salió corriendo la liebre.

-Tú también te pusiste nervioso, yo ni siquiera me había dado cuenta...

-Sí, por un momento sentí que alguien nos observaba... pero tu cara... ¡Estabas muerta de miedo!

-Tuve miedo por... - me corté al pensar lo que mi comentario podría provocar. Roberto no me interrumpió, pero me miro fijo obligándome a seguir. - por nosotros, pensé que ese maldito nos había encontrado, pero después tuve más miedo por Alex...

Roberto bajó la mirada, un rayo de tristeza se posó en su rostro. Su mirada estuvo perdida por un momento, luego con voz cansada dijo:

- Claro, no podía ser de otra manera...

No, no estoy preparada para una escena de celos, no por parte de Roberto, Alex siempre las hacía, pero Roberto que siempre era tan comprensivo conmigo y entendía lo que me pasaba...

- No, no lo entiendes...

- Por supuesto que lo entiendo... crees que no lo vi en tu rostro ahí afuera... Elena, no insultes mi inteligencia...

- Roberto, no es eso, es solo que sentí miedo de...

- De que le hubiese pasado algo... Elena, me doy cuenta de lo que te sucede... la única persona que sabe, aparte de nosotros, que estamos aquí es él. Si el asesino nos encuentra, es obvio que tuvo un encuentro con Alex y que de alguna forma le sacó la información. Yo también lo creí, pero tengo algunas dudas al respecto. Es que no imaginé el pánico que te daba, el solo hecho de suponer que algo podría ocurrirle.

-Roberto, amor... no te pongas así...

-Elena... comprendo claramente... Alex era mi mejor amigo, sabía que te amaba, sabía que tenían planes de matrimonio, es obvio que para ti también es una persona importante y lo seguirá siendo... y tu cara fue la confirmación de eso...

... Estos días han sido para mí los más hermosos... llevaba soñando con esto desde que te conocí... y... no quisiera perderte nunca... me da pánico que te des cuenta de que es a él a quien quieres o a otro hombre... estás en tu derecho de encontrar el hombre perfecto para ti, y yo lo aceptaré... si un día quieres marcharte de mi lado, lo respetaré... solo tendrás que pedirlo y yo me haré a un lado, te amo tanto que prefiero verte feliz en otro lado, que infeliz a mi lado, ya lo hice una vez... lo puedo volver a hacer aunque ahora sea mucho más difícil...

No pude evitar que las lágrimas cayeran por mi rostro... sus palabras llegaban directo a mi corazón... se levantó del sillón y sin decir más se fue al dormitorio cerrando suavemente la puerta tras él.

Me sentí tan idiota... yo creyendo que me iba a hacer una escena de aquellas donde terminaríamos gritando e insultando al mundo, como lo hacíamos con Alex, y en vez de ello comprendió como siempre lo que me ocurría y terminó con una declaración de amor que me caló en lo más hondo. Me ama, me ama como nadie, me lo había demostrado antes y respeta lo que puedo estar sintiendo... y yo... no fui capaz de decir nada... dejé se fuera sin más... sentí la presión subir por mi garganta... quería gritar, pero no lo conseguía. Me quedé ahí sentada frente al fuego, tratando de calmar lo que sentía... las lágrimas corrían por mi cara, pero el llanto estaba contenido en mi pecho... sentía su presión...

Entonces recordé los ojos de Roberto, esos intensos llenos de amor, esos ojos de niño llenos de dolor y el llanto brotó sin más. Me lancé en el sofá y enterré el rostro en los cojines para amortiguar el ruido que provocaba ¿Cómo pude ser tan estúpida?... lloré por lo que pareció una eternidad hasta ya no sentir aquella presión. Entonces pude respirar hondo.

No se sentía ningún ruido más que el crepitar de la leña en la chimenea. Roberto debe de estar durmiendo ya... no me atrevía a molestar su dolor

con mi presencia... me quedé allí, incapaz de moverme siquiera para buscar una colcha... cerré los ojos tratando de conciliar el sueño.

Unos dedos cálidos sacaron el cabello que había en mi rostro y secaron las lágrimas que lo empapaban. No fui capaz de abrir los ojos... de solo sentir el tacto de su piel hizo que la presión volviera a mi pecho.

-No llores más mi amor... tú no tienes culpa de nada. Ven, vamos a descansar.

No conteste... tal vez si piensa que duermo me dejará aquí sola...

-Ya te dormiste... mejor así... pero este no es lugar para dormir...

Con suma delicadeza me tomó en sus brazos... pude sentir su infinito deseo de protegerme... no pude evitar abrazarlo como una niña asustada, rodeándolo con mis brazos y apretándolo hacia mí.

-Sabía que estabas despierta, pequeña pícara...

No dije nada, solamente lo abracé con más fuerza.

Me acostó y tapó con la ropa de cama, luego la rodeo para acostarse a mi lado.

-Te amo tanto Elena... no sabes cuánto. No sé qué haría si algún día te perdiera... - acarició mi rostro.

... Comprendo que no entiendas lo que sientes... yo aparecí en tu vida hace unas semanas... Tú llevas años incrustada en mi corazón, sin importar mis años de noviazgo con Anya, mi matrimonio... ni tu noviazgo eterno con mi mejor amigo.

Me abracé a su pecho, estaba tibio. Él correspondió mi abrazo. Levante la cabeza para, en la oscuridad, encontrar sus ojos.

- Roberto, siento cosas por ti que jamás pensé que sentiría... nunca me sentí así, nunca sentí algo tan intenso - sus ojos se clavaron en los míos. A pesar de la oscuridad puede ver que estaban cargados de ansiedad - ni siquiera con Alex...

Sus labios se curvaron en una triste sonrisa. Me besó en la frente y me abrazó con más fuerza.

- Descansa cariño, mañana será otro día...

Tal vez es muy pronto para saber realmente que es lo que siento por él y Roberto lo sabe. Pero en mí hay algo que antes nunca había sentido y era

la necesidad implacable de estar con alguien. De estar con él. De estar con Roberto. Con ese sentimiento y entre sus brazos, pude conciliar el sueño.

- Vamos dormilona... despierta... el desayuno se va a enfriar...

Su voz y el olor del café recién preparado me hicieron abrir los ojos... nuevamente tenía frente a mí sus ojos y su sonrisa radiante y otra vez vestido solo con bóxer diminuto, una camiseta ajustada y una bandeja con un desayuno espléndido.

- ¿Sabías que eres un camarero bastante sexy? – le dedique una sonrisa...

- No, mis otras novias no me habían hecho esa observación...

Auch, sentí una punzada de molestia al imaginar a otras novias disfrutando de él...

- Supongo que tus otras novias no eran como yo de observadoras...

- No, no lo eran... ¿Acabo de percibir una cuota de celos en tus palabras? – dijo con una sonrisa de autosuficiencia.

¡Oh por dios, retiro lo dicho!...

- Por supuesto que no, solo fue una mera observación, aleja esa sonrisa de tu rostro.

- ¿Ah sí? Porque en realidad a ellas no les llevaba el desayuno a la cama, ni las mantenía cautivas en la recámara... y tampoco tenían ojos de sapo por haber llorado tanto... toma ponte esto – me paso una bolsita con dos motas de algodón mojados y fríos – eres una llorona – me dedicó una risa burlona.

Ni siquiera se me hubiese ocurrido poner algo frío en mis ojos, me hubiera resignado a ser un sapo al natural, hasta que la naturaleza tomara su rumbo. Las puse en mis ojos... se sintió tan agradable el frío en mis ojos enrojecidos, en serio lo agradecí.

Entonces sentí el peso de su cuerpo sobre el mío y sus labios se posaron en mi cuello, después en mi clavícula, para luego acurrucarse en mi pecho, obviamente, ni siquiera hice el intento de reprimir el impulso de abrazarlo y acurrucarme junto a él.

Roberto descubrió que un mensaje llegó a su celular antes que saliéramos del área de cobertura. Habían encontrado a otra chica, su cadáver yacía en un callejón a una calle del departamento donde vivíamos, esto lo alteró un poco. Se preocupó por mi seguridad, por lo que me pidió que nos quedáramos en la cabaña por más tiempo.

- Por favor, solo iré a recoger más ropa, y dinero, pasaré también a comprar más víveres. No te expondré a que te pase algo malo, no podría tolerarlo – me miro con aquellos ojos llenos de angustia.

- Déjame ir contigo – supliqué una vez más.

- Elena, dudo que te deje pasar por su lado como si nada. No seas ingenua, escribiste la historia de una psicópata, ¿no lo recuerdas?, además sabemos que tú eres su objetivo, pero aquí estarás bien.

- Está bien, me quedaré aquí, pero promete que volverás pronto. – la idea de estar lejos de él por un día lo volvía todo más complicado y tedioso. No quería que se fuera, no quería separarme de él, aunque estuviera en peligro - ¿Por qué el asesino iría tras de mí, habiendo tantas otras chicas por qué tendría que fijarse en mí?

Habíamos pasado el día, distanciados por lo ocurrido el día anterior, conversamos como si nada, pero casi no nos habíamos tocado.

Esa noche lo abracé de la nada. Sentí la necesidad incontrolable de hacerlo.

- No dejes que él te haga nada... por favor... - suplique a su oído.

- No le daré la oportunidad, descuida...

Después de una noche y un día eterno me lancé a él con una lluvia de besos y caricias que él recibió y respondió con más energía.

- Castígame por lo tonta que he sido – susurre jadeante en su oído

- Sus deseos son órdenes para mí. Pequeña perversa – dijo mientras de un tirón arrancó los botones de mi blusa.

Me tomó como no lo había hecho antes. Sus manos apretaban y rasguñaban sutilmente mi piel y sus movimientos eran fuertes y decididos, carecían de la delicadeza de las otras ocasiones. Sus gemidos me excitaban aún más y no podía evitar rasguñarlo, aunque, yo lo hacía con menos sutileza. A veces sus arremetidas dolían un poco, pero me volvían loca... quería gritar de placer...

Hicimos el amor hasta quedar extenuados, cansados a más no poder. Me quedé sobre él con la cabeza apoyada en su pecho... era incapaz de moverme, me temblaban las piernas.

- Ahora resulta que mi pequeña perversa es algo masoquista – dijo divertido – pensé que me pedirías parar...

- Estás loco... estuvo increíble... pero ¿Por qué tenías que arrancar los botones de mi blusa? – dije haciendo un puchero.

- Tú me dijiste que te castigara... no especificaste cómo...

Roberto partió al día siguiente después del desayuno para volver el mismo día, no quería dejarme sola, pero no quería arriesgarme a que ocurriera algo si lo acompañaba.

A veces me daba la impresión de que sospechaba de alguien, pero debía de ser de alguien relativamente cercano. Y el asesinato de la ejecutiva lo puso a un más críptico.

No podía dejar de pensar en la similitud de la historia que escribí con lo que estaba ocurriendo, solo que no comprendía que pretendía este loco, cuál era su objetivo, dinero no es, porque no tengo más de lo suficiente, pero alguno debería haber...

En mi historia la protagonista cometía asesinatos y extorsiones con objetivo fijo: "el amor de su vida" no podía quitarme de la mente, que este asesino se haya inspirado en mis fantasías para cometer tan cueles actos.

El ruido de neumáticos en la gravilla, me sacaron de mi ensimismamiento, ¿habrá cambiado Roberto de opinión y viene a buscarme? Salí a ver qué había ocurrido, pero ese no era el coche de Roberto...

- Martínez, recibí el mensaje de asesinato, ¿qué ha ocurrido?

Alex se sorprendió al ver a Roberto detrás de él

- Riquelme, ¿Qué demonios haces aquí?, ¿dónde está Elena?, ¿y cómo te enteraste del asesinato?

- Recibí un mensaje en mi celular hace dos días, pero lo vi ayer... ¿Por qué me miras con esa cara?... ¡¿Alex qué ocurre?!

- Roberto, nosotros nos enteramos anoche de la tercera víctima... no te

hemos enviado nada...

Roberto se puso pálido como la nieve y su rostro denotó un terror que le crispó las facciones.

- Elena está sola en la cabaña.... – susurró

- ¡Reyes! Necesito que identifiques el siguiente número de teléfono, irápido! – grito Alex, arrebatándole el teléfono de las manos a su compañero - ¡¡Roberto despierta!! Vámonos ahora. Reyes confirma la información y llámame...

- No es necesario ya lo tengo...

- Maldito bastardo... - murmuró Roberto y la ira y el miedo se posaron en sus ojos.